

summergible³



DE BOLSILLO

Mundos de Cutín

summergible³

Mundos de Cutín

UCUENCA PRESS 

Summergible III
Mundos de Cutín
@Universidad de Cuenca

Autores: Edison Humberto Acosta Osorio, Diana Alvarado Ortega, María Belén Álvarez Canales, Juan José Andrade, Denisse Barreto, Ema Berlín, J. T. Butiña Peralta, Paul Alejandro Cabrera Calle, Joshua David Cabrera Sarmiento, Eddy Santiago Calle Linares, Willian Carrión Chamba, Katherine Cobos Carchi, Edison Geovanny Collaguazo Bonilla Camila Coronel Arcentales, Verónica Chuchuca Aucay, Iván Castro Crespo, Michelle Espinoza, Daniela Espinoza Minchala, Miriam Estrella Estrella, Juan David Fernández Tigre, Jonnathan Guartán, Joaquín Muñoz Vanegas, Mónica Janneth Ortega Ortega, Katherine Abigail Pachar Salto, María José Pacheco, Liliana Peralta Peralta, Kevin Steven Pesántez Márquez, José Luis Quezada Berrezueta, Darwin Quiroz Maldonado, Anabel Sacasari Haro, Vicente Sarmiento Delgado, Gabriel Serrano, Melanie Soto Heras, Stalin T. Velásquez, Josué David Valverde, María José Vázquez Prado, Johanna Elizabeth Villavicencio Ordóñez y Christopher Zambrano Heredia.

María Augusta Hermida Palacios
Rectora

Juan Leonardo Espinoza Abad
Vicerrector Académico

Elena Monserrath Jerves Hermida
Vicerrectora de Investigación e Innovación

Patricia Torres Orellana
Directora de Comunicación Institucional

Centro Editorial UCuenca Press
Directora (e): Ángeles Martínez Donoso. Corrección de estilo: Erika Torres Mogrovejo y Mihaela Ionela Badin. Diseño: Geovanny Gavilanes Pando. Preprints: Juan Pablo Tigre Amón. Gestión y promoción: Sonia Criollo Chiriboga.

Ciudadela Universitaria
Av. Doce de Abril y calle Agustín Cueva
Teléfono.: (07) 413 4520
Casilla postal: 01.01.168
www.ucuenca.edu.ec

Primera edición
500 ejemplares
Derechos de autor reservados.

Para la composición tipográfica de este manuscrito se usó Boldonse,
Archivo y Space Grotesk.

Este libro nace de una convocatoria abierta, impulsada por la Dirección de Comunicación Institucional y UCuenca Press, para nuestros estudiantes.

Octubre, 2025
Cuenca-Ecuador

#SiemprePorElAgua



Prólogo **6**

Ahora_CAOS **9**

PAUSA/respiro **37**

AZURespacial **63**

LuZ*

91

Pristimantis_ERYTHROS

111

Galería

129



Prólogo



Salvar lo que aún tenemos

En marzo de 2025, la UCuenca lanzó una convocatoria donde pedía a sus estudiantes algo más que escribir sobre una realidad existente: que imaginaran, que crearan, que jugaran con lo que podría ser, con lo que aún está por suceder, pero que ya se asoma en las esquinas del presente. Se les invitaba a escribir sobre Cutín, la pequeña rana del Cajas, símbolo de lo que somos, de lo que estamos llamados a proteger.

Llegaron 61 propuestas, intentos de dar forma a lo que no se puede tocar. De traducir lo intangible en palabras, con visiones creativas. Ficciones que ansían captar, a través de la palabra, la imagen o la fotografía, las preocupaciones, las esperanzas, las inquietudes de una comunidad universitaria que se enfrenta a desafíos reales. Y, es que, aunque nacidas de la imaginación, no se distancian de la realidad. Son las historias posibles de un futuro que depende de las decisiones que tomemos hoy. ¡Hoy!

Cutín, como testigo del ecosistema que da vida a Cuenca, representa la fragilidad de lo que damos por sentado. En las narraciones, poemas e imágenes presentadas por los

estudiantes, la rana roja personifica la naturaleza misma: vulnerable, amenazada, pero al mismo tiempo, portadora de una inmensa capacidad de resistir.

Summertime III es, por lo tanto, un ejercicio de preocupación a través de la ficción. Con estas propuestas, los estudiantes plantearon interrogantes sobre el futuro de la naturaleza, el agua, el cambio climático y la sostenibilidad. Las historias aquí reunidas visibilizan lo aún invisible, lo que está en peligro de perderse, pero que sigue siendo, en muchos aspectos, nuestra última oportunidad de salvar lo que todavía tenemos.

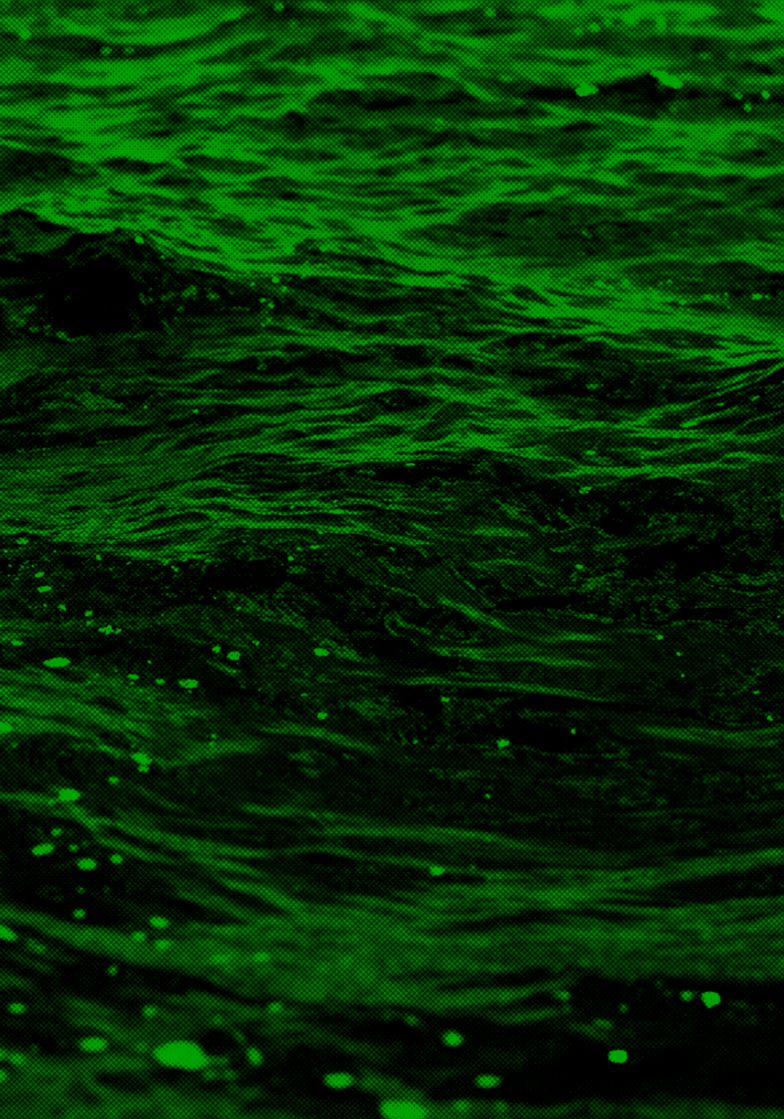
La ficción, como los relatos que nos ofrecen los estudiantes, tiene esa capacidad: la de enfrentarnos a nuestra realidad desde una perspectiva distinta, la de mostrarnos las huellas de lo que podría ser. Cada historia es una invitación a imaginar, pero también una advertencia sobre lo que podría desaparecer si no tomamos las riendas del presente.

¿Lo haremos? Esa es la pregunta que queda flotando en cada página, en cada propuesta. Porque la respuesta tiene que ver con lo que estamos dispuestos a imaginar, a cambiar, a crear. Y es en estas ficciones donde reside el poder de lo que aún no ha ocurrido, pero que depende de lo que decidamos hacer hoy.



↑

AHORA, CAOS



- 12** Húmedos **J.T. Butiña Peralta**
[Cine]
- 14** Las cenizas del agua **Michelle Espinoza**
[Medicina]
- 18** Pacha Shuk: tierra, vida y muerte **José Luis Quezada Berrezueta**
[Sociología]
- 22** El murmullo de Cutín **Katherine Abigail Pachar Salto**
[Pedagogía de las Ciencias Experimentales, Matemáticas y Física]
- 26** ¿Dónde vivirás ahora? **Liliana Peralta Peralta**
[Diseño Gráfico]
- 32** Zona del silencio **Melanie Soto Heras**
[Fisioterapia]
- 34** La cura mágica **Anabel Sacasari Haro**
[Derecho]

Húmedos

J.T. Butiña Peralta

[Cine]

Las nubes, sus reinos de viento, el humo se deja caer,
el corazón de una orquídea se deshace,
bajo la sombra de un árbol, el sol se atraviesa
y narra leyendas sobre mis manos.

Una mirada oscura se ilumina de miel y me acaricia, lejos,
las rocas arden sin un río que las calme,
las aves no construyen sus nidos, las crías agonizan y mueren.
Ese perro está rodeado de sangre. Los autos
pasan. Los huesos se rompen. El semáforo es verde y es rojo.

Las aves huyen. Las montañas queman. Y el Sol sigue, sonrisa,
y sonrisa,
quema la piel, la de los cerdos. Apestan en las avenidas. Apesta
honrar a los padres, a los desaparecidos, a los animales muertos,
los muertos de hambre eligieron morir de hambre, ¿no?
Humillarse al abrir los ojos, encontrar el amor en la suela de los
zapatos,
en los perros muertos, cuerpos, ensueños rotos, carcajadas y
máscaras.

¿Sigue ardiendo?

Sí, y el espíritu de aquel animal no puede despegarse de la acera.

La música sigue, autos pasan, las nubes y sus reinos se extinguen,
vírgenes de mirada, la sombra de los árboles, las orquídeas
marchitas,

los ríos que lentamente se vierten de recuerdos, el reflejo de esa
mirada abierta

que ha volado mucho más y ha entendido que nada está seco,
que todo enfermo puede lloverse.

Y en su rocío se despierta la última mirada.

Las cenizas del agua

Michelle Espinoza
[Medicina]

Cuenta la leyenda que siguiendo el viejo caudal de un río que ahora ya no existe, pasando el santuario de la Virgen de Saymirín —que ahora ya no se venera— por un camino perfilado por sauces, hay una laguna, la de Chanlud —o lo que queda de ella— que es capaz de cumplir cualquier deseo.

El viento le cortaba las mejillas y, a cada rato, tenía que frotar su nariz a ver si seguía ahí o se había caído del frío. El paisaje era tan amplio que se sentía diminuta, con ojos incapaces de dibujar los detalles de cada montaña de cada junco que rodeaba a la laguna encantada con abrigo de neblina. Y el agua... sus amigos se reírían, pero podría jurar que parecía el agua de las historias de su abuelita, esa que se reía con las rocas y jugaba en los ríos antes de que estos desaparecieran. Abrazaba un silencio vivo donde los sonidos eran tan lejanos como el movimiento de la corriente.

Ese silencio la obligaba a enfrentar sus pensamientos, a cierto vacío. Nadie intentaba convencerla de que compre algo. Es que, del mundo que venía Lorena, todos gritaban si querían atención.

Su madre reiría si la hubiera encontrado así, a orillas de un lago muerto, buscando una roca en forma de moneda, como esas que se usaban antes del billete electrónico. La leyenda decía que solo hacía falta tirar la piedra y desear con todas las fuerzas. Cuando Lorena lanzó, guardando el deseo en sus labios, no sabía qué esperaba, aunque definitivamente no era una rana de traje rojo.

—Oh, lo siento —susurró arrodillándose frente a la criatura elegante que salió del agua—. Creo que esto debe ser un error. No pedí una rana. Pedí un novio.

—Sí. He escuchado tu deseo. No te ilusiones. No soy una rana que se convertirá en príncipe.

—Ah, menos mal... —Sonrió porque eso era lo que hacía Lorena cuando estaba nerviosa, pero la rana solo la miró, abatida.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que alguien vino aquí a pedirme un deseo?

Lorena notó entonces lo desgastado que lucía el traje rojo de la rana: un botón se había caído y una costura en la manga derecha estaba suelta.

—Hace mucho tiempo, había tantas monedas enterradas en el lago por la cantidad de deseos, que los ladrones se escabullían para robarlas en la noche, aunque morían de frío. Y tú... ni siquiera una moneda trajiste, para un deseo tan banal como ese.

Se sonrojó con el corazón expuesto en bandeja y tuvo la necesidad de defenderse.

—¿Qué tiene de malo desear ser amado?

—La gente que ha venido aquí por un deseo de amor es incontable —la rana jugaba con uno de sus botones desgastados—. Solo te quería decir que ya no hay una comunidad de ranas rojas como yo, dispuestas a cumplir caprichos, de hecho, soy el último de mi especie, soy Cutín. Y ese deseo que pediste será el último que podré cumplir para la humanidad.

—Eso suena demasiado solemne. ¿Quieres decir que rebasamos el límite?

—Nada en este mundo es eterno, pero ustedes los humanos creen que lo son. Lamento que tengas que escuchar esta verborrea de una vieja rana roja, pero la verdad me siento un poco triste. En toda la historia de la humanidad he visto compañeros morir por cumplir deseos suyos. Todos murieron pensando que, a la larga, valdría la pena, que cuidar la humanidad es una inversión, porque ellos nos cuidarían después. Pero... ¿valió la pena?

No podía entender el alcance tan hondo del sufrimiento de la rana, pero algo en sus ojos negros le hicieron sentir el peso de tener el último deseo de la humanidad en sus manos.

—El camino para llegar aquí es largo y sinuoso, no he conocido a nadie que haya venido tan lejos para cumplir un deseo que no sea para ellos mismos o para los suyos. Cuando el agua empezó a agotarse pensé que alguien vendría; después de todo, ya ni siquiera hace falta que sea una moneda de oro. Alguien... solo hacía falta una persona. Mas, después de tantos años apareces tú... ¿con un deseo como ese?

La joven frunció los labios sin atreverse a responder.

—Por supuesto, ¡ustedes siguen siendo ustedes! No importa cuántas generaciones transcurran, siguen pensando en sí mismos. —La vieja rana sonrió, con tristeza al decirlo.

Lorena tragó saliva, sintiendo una acidez que envolvía su corazón. No creía ser mala persona, solo era una chica simple, con deseos simples. Y la rana le hizo reflexionar sobre por qué no pensó en un deseo más grande, como que los ríos volvieran a llenarse. Ella siempre pensó que alguien más lo haría, alguien lo resolvería.

—¿Puedo cambiar mi deseo? ¿Puedo desear otra cosa? No quisiera que murieras por mi deseo, Cutín.

—No, no hay cómo. Lo siento. ¿Sabes por qué? Porque no es algo que desees realmente. Solo lo dices porque te sientes culpable. Estarás bien, guambra. Mañana conocerás a alguien.

Y antes de que pudiera responder, la rana desapareció y, con ella, lo que quedaba del lago y de la leyenda. Quedó entonces solo Lorena, junto a las cenizas del agua.

Pacha Shuk: tierra, vida y muerte

José Luis Quezada Berrezuela
[Sociología]

I

Yo soy el único sobreviviente de ese día. Según ellos, fue un terremoto el que acabó con la vida de ocho policías, una anciana y el director del proyecto Pacha Shuk S.A. (P.S.S.A.).

II

Ese día no era un caso de violaciones a los derechos humanos, de hecho, todo era legal, muy legal. Alegría tenía que abandonar su casa para que las autoridades pudieran seguir con la fase II del Proyecto Minero P.S.S.A. Y la vieja, así como el resto de la comunidad que vivía en esta montaña del mismo nombre, Pacha Shuk, debía desalojar su choza. Todas estaban hechas de adobe y paja, tenían un fuerte olor a leña, producto de la forma en que cocinaban.

A mí me parecía tenebrosa la forma en que ella se lamentaba. Brotaban ríos de lágrimas, y el ambiente estaba tan tenso que las gotas resonaban en el suelo como si alguien llamara a la puerta.

Además, fue su casa la que verdaderamente dio problemas. Dentro de su chocita había una piedra enorme, y para continuar, había que romperla en pedazos pequeños. El olor también era diferente, ya no a leña, sino más bien a descomposición.

III

En ese entonces, yo recién había salido de la universidad y tenía mi título nuevecito de sociólogo. Y como dice la frase, “gracias al padrino, la guagua se puede bautizar”, pude encontrar trabajo rapidísimo. Un amigo, director del área social de una minera, me pidió que lo ayudara a hacer unos talleres con la comunidad. El objetivo nunca fue socializar a la gente sobre los beneficios de la explotación de oro y cobre, sino llenar una mera formalidad estipulada en la ley ecuatoriana (véase artículo 57 de la Constitución).

Recuerdo que a uno de los talleres llegó una mujer pequeña, con una pollera vieja de un color rojo desgastado, decorada con lodo seco. Además de andar descalza, su piel guardaba el recuerdo del pasado, como si una hoja en blanco hubiera recibido todos los rayones, escrituras y lenguas, pues sus arrugas eran gruesas y profundas.

Y mientras yo hablaba, ella —un poco temerosa, tímida, pero a la vez decidida y valiente— se levantó de su silla con delicadeza, como quien no quiere hacer ruido, y dijo:

—Peru, patroncito, ¿nosotros a onde vamos a tener nuestra chocita...?

Estaba por ignorarla, pero otras personas también empezaron a preguntarme cosas y, lo que es aún peor, a cuestionar el proyecto. Ella fue como una pequeña llama que se extendió y agitó las mentes.

—A ver, todos cálmense. Ahora no es tiempo de preguntas —dije con una mueca de desagrado. Terminé mi taller, pero noté ciertos cuchicheos que luego se transforman en resistencias.

IV

Esta vieja me había echado a perder el grupo. Necesitaba saber de ella: su nombre, dónde vivía. Que no hablara más, porque si esto continuaba, se caía el proyecto. Era una agitadora, mi piedra en el zapato.

Salí al pueblo, busqué información y la gente me contó su historia: se llama Alegría, tiene unos 73 años, es viuda, y sus hijos emigraron a EE.UU. Su única compañía había sido su marido, Segundo, quien murió mientras cosechaba maíz y permaneció ahí, en el suelo, por dos días: el primero porque Alegría solo se sentó a llorar a su lado, esperando que despertara, y el segundo porque no podía cargarlo y tuvo que bajar al pueblo a pedir ayuda.

Mientras escuchaba aquello, me di cuenta que la gente nunca mencionó un funeral, un entierro ni siquiera una misa. Y si ella necesitaba ayuda con el cuerpo, ¿por qué nadie fue a cargar el ataúd? Además, el cementerio está a una hora del pueblo. ¿Ella solita cargó con el cuerpo?

Alegría lloraba desconsolada mientras un tractor derribaba las paredes de su choza. Los policías formaron un escudo humano para no permitirle el paso, y uno de ellos incluso quiso usar gas pimienta.

Recuerdo haber visto una gran piedra dentro de la casa y, con mucho esfuerzo, la máquina intentaba romperla. Se partió en dos y, como un cascarón, dejó al descubierto un cuerpo humano: un cráneo aplastado, huesos vestidos de terno y un olor a podredumbre. La tierra se abrió; el cadáver cayó junto con la máquina y ocho policías.

En las noticias locales y nacionales hablaron de negligencia, de un proyecto minero en suelos inadecuados, peligrosos, con demasiados sismos. Pero yo sé, porque lo vi: Segundo se levantó, nos miró a todos... y la tierra se abrió.

El murmullo de Cutín

Katherine Abigail Pachar Salto

[Pedagogía de Ciencias Experimentales, Matemáticas y Física]

La neblina que cubre todo el ambiente es espesa. Respirar cuesta cada vez más. Tenemos que salir con dos o tres mascarillas para no contaminarnos. Los incendios forestales arrasan cada día más con el poco de aire puro que queda. ¿Hace cuánto fue la última vez que vimos el cielo despejado? Nadie lo sabe.

La única certeza es que la sequía ha acabado con todo. La mayoría —por no decir casi toda— de la población cuencana migró a otras ciudades. Camino un poco por la extensa orilla del río Tomebamba: apenas un hilo de agua cruza entre las desoladas piedras. Nadie imaginó que este día llegaría.

La sequía del año 2024 parece insignificante en comparación con la actual. Mis pasos son pesados; recorro con pesar la hermosa vegetación que antes se podía admirar. Ahora no es más que un recuerdo en la memoria de quienes tuvimos la fortuna de vivir en aquella urbe llamada "la Atenas del Ecuador".

El Cajas, nuestra fuente principal del líquido vital, ahora se ha convertido en un paisaje calcinado. Llegar hasta este lugar me toma mucho tiempo; hago pequeñas paradas para recordar algunos sitios, como la Feria Libre, ahora más desolada que nunca. Realmente nadie se ha quedado aquí, salvo quienes vivimos en zonas rurales. Es triste, pero ¿qué más se podía esperar? La vida ya no es viable. Me detengo solo para tomar un poco de agua de mi botella desgastada.

Me he visto tentada a intentar la danza de la lluvia —me río para mí misma; tengo dos pies izquierdos—.

Después de un considerable tiempo, llego a mi añorado Cajas. Debí visitarte antes, antes de que todo se deteriorara, pero no: las redes sociales eran más importantes que hacer conciencia sobre nuestra flora y fauna. Ahora nuestra ciudad es viral, y no precisamente por sus vistas.

Mientras más me adentro en el paraje muerto, mis ojos lagrimean. Quiero culpar al humo de los incendios, pero la verdad es que lloro por lo que se ha perdido. Avanzo poco a poco, mirando a mi alrededor, buscando agua... nada, no ha quedado nada. No sé si es el cansancio, la falta de líquido, la impotencia o el dolor, pero termino de rodillas. Diría que con lágrimas, pero estoy tan deshidratada...

Entonces lo veo entre las sombras. Debo estar alucinando, a punto de morir, pero ahí está: Cutín, la rana roja, con su piel brillante a pesar del panorama sombrío. Recuerdo cuando, alguna vez, nuestra universidad pública lo adoptó como símbolo. Con movimientos lentos, saltó a una roca ennegrecida y me miró. Sus ojos, profundos como los ríos que ya no corren, transmitían una mezcla de tristeza y urgencia. Cuando habló, su voz era un

murmullo casi imperceptible, como el agua que lucha por fluir.
¿Alucino?

—Tú lo ves, ¿verdad? —comenzó—. Esto... esta tierra quemada, esta sequía interminable, es obra de ustedes, los humanos. Han tratado a la naturaleza como si fuera infinita, como si no necesitara cuidado. Y ahora aquí estamos, con ríos que ya no respiran y montañas que lloran cenizas. El agua es vida, y la han desperdiciado, contaminado, ignorado. Y los incendios... cada llama que ardía en los páramos era una advertencia. Pero ustedes nunca escucharon. Parar no era difícil: era solo cuestión de atención y respeto.

Sus palabras se hicieron más intensas, mientras su pequeña figura parecía vibrar con cada sílaba.

—La tierra quería sanar, los ríos querían cantar de nuevo y las montañas ser verdes otra vez. Nunca entendieron que cada gota de agua que pudieron salvar, cada árbol que no protegieron, cada llama que no evitaron, era un paso hacia un futuro mejor.

Con un último salto, Cutín se alejó, perdiéndose entre las rocas. Yo terminé por desplomarme: mi deshidratación ya era severa. Así acabé, muerta, en lo que alguna vez fue el paisaje más hermoso de la región.

¿Dónde vivirás ahora?

Liliana Peralta Peralta (texto e imagen)
[Diseño Gráfico]

Vivo en el campo, pero hace mucho que dejó de ser un gran campo; me refiero a la gente dedicada a la agricultura. Ya casi no hay pájaros: hoy es la selva de cemento. Ayer destruyeron un gran bosque para hacer la nueva urbanización que promete “momento, paz y naturaleza”, pero nada de eso se compara con los animales jugando afuera, con los gallos a las 6 de la mañana, despertando a las personas.

Ya no queda casi nadie. A veces pienso que ya no quiero estar aquí. Hace semanas te busqué quebrada abajo, pero no te encontré. Supongo que quiero verte como el guardián de los bosques, como te describían en los libros de ciencias naturales; mas simplemente te has ido.

Aún recuerdo la última vez que vi un bosque inmenso, rodeado de maravillas y un charco, el más hermoso que mis ojos hayan contemplado. Sí, me acerqué a mirar. Había una especie de



ratones: colas largas, cuerpos enfermos, apenas podían moverse, bichos realmente repulsivos.

En esa agua podría reflejar mi rostro cansado por la rutina cotidiana, pero el bosque me esperaba con olores a eucalipto, con olor a tierra mojada. Recuerdo mis zapatos llenos de barro, los días con brisa fresca en los que observaba a esos seres que los científicos llamaron renacuajos, la primera fase de los sapos; yo, en cambio, los llamaba ratas acuáticas. Les regalaba pedazos de hongos que, para estas pequeñas bestias eran como carne.

También devoraban trozos de hierbas cuyo nombre desconozco y que nunca sabré, porque ya se extinguieron. Las ratas acuáticas, con los días, fueron transformándose: la cola desaparecía y comenzaban a respirar.

De un día para otro, una rana se tornó roja. Parecía enferma, era la única, y le puse un nombre extraño: le llamé "Red" —rojo, pero en otro idioma—. Me obsesionaba con revisar su comportamiento y anotaba cada dato en mi libro de descubrimientos.

Aquella extraña criatura era mucho más grande que las demás en el charco. Nunca conocí al resto de su familia, pero se comportaba como un jefe de fuerzas especiales; siempre estaba ahí, custodiando a sus hermanos sapos verdes. Su forma especial no era tan agraciada, su cuerpo baboso y lleno de verrugas me recordaba la magia de la naturaleza: cómo puede transformar algo raro en algo poderosamente diferente que, quizás, podría ayudar a salvar la especie humana.

Los sapos son muy diferentes a los humanos. Los humanos dedican su vida a trabajar, estudiar, pero jamás a sentir, ver o experimentar su verdadero entorno; es como si estuvieran programados para una sola función. Los sapos disfrutaban de una siesta, a veces toman el sol; incluso, cuando llueve, corren y se esconden, cantan. Son casi imperceptibles.

Hace un mes volví al charco, siempre lleno de nuevas ratas acuáticas. Red me esperaba, como si conociera mi plan de alimentar a cada sapo. Aquella vez traje pan, lo que fuera, los bichos se repartirían en el agua, desesperadamente. Al llegar, vi a unos hombres conversando; vestían traje y uno de ellos llevaba un plano de construcción. No le di importancia hasta que

dos de ellos sacaron de su camioneta unas lonas con colores vivos y escritos. Me acerqué y pude leer que construirían una nueva ciudadela, justo allí, donde los mismos árboles sostenían la tierra que caía hacia un acantilado. Un lugar donde muchas generaciones de sapos se habían criado, donde cada molle formaba el más hermoso de los bosques, ¡mi bosque!, donde la copa de los árboles daba sombra para recostarse sobre la hierba y pensar en este ambiente apocalíptico, no solo para mí, sino para todos... ¡nuestro bosque!

Hace algún tiempo no ha dejado de llover, pero hace un año teníamos sequía.

El lugar soñado se convertiría en la casa de alguien más, en el sueño que dice: “paga tu casa con solo 100 mil dólares”. Abajo, se destruiría la casita de adobe, el antiguo sueño de alguien más, por un nuevo edificio... ¡Nuevos sueños! ¡Abajo la ruralidad, abajo el campo! Lo que alguna vez avergonzó a los campesinos, ya no estará. Indemnizarán el terreno de choclos y sembríos a una mujer que los tenía para subsistir, porque ahora será el parque para respirar aire puro frente a la avenida, claro.

Hoy, como de costumbre, tenía que observar, quizás por última vez, a mis amados sapos, pero me llevé una sorpresa al no encontrar el charco, y en su lugar, una retroexcavadora. Miré con detenimiento y el espacio se llenó de cemento. Pronto crearán las calles de la urbanización Nuevos Horizontes. El horizonte ya no podrá verse. Lo que un día fueron árboles, hoy solo será leña. Tal vez sirva para hacer muebles, tal vez. Pronto pondrán las vigas, las columnas, y harán el rincón más bonito para que nuevas familias se integren a un lugar fresco, sin tener la vergüenza de ser campesinos. Ahora es un campo sin campo.

Dime, Red, ¿dónde estás? Supongo que te fuiste a nadar en otros charcos que ya no existen. Busqué información en TikTok sobre la especie: es un cutín rojo, el único endémico y, posiblemente, el último de su especie.

El humo de los carros afuera de mi casa es repulsivo, alguien está quemando basura. Me pregunto si alguien pensará alguna vez en los otros seres que conviven, día a día, con los humanos. Papá sabe de mi extraña amistad con los anfibios; mientras sembraba, encontró un sapo verde y me llamó a verlo. Sus ojos saltones parecían decir que quería llorar. Me contó que Red, el cutín rojo, había muerto, que hizo lo posible por evitar que destruyeran su hogar, espantando a los trabajadores, parándose sobre sus prendas y rompiendo algunas piezas del motor de sus autos, pero no pudo. —Imagina que un día llegas y ya no encuentras tu casa, tu hogar. No sé dónde vivirán ahora... Lo siento, ni siquiera yo puedo ayudarte. Ya ves cómo es la vida ahora, casi no hay agua limpia, es como un fin de los tiempos.

Ha pasado más de medio año, y no puedo evitar bajar la mirada cada vez que el bus pasa por ese lugar. A veces, las lágrimas empañan mi visión... pero ¡solo son sapos! Es cierto, solo son árboles. Las ciudades crecen, las personas se reproducen por millones y los sapos rojos y verdes se extinguen. Pronto esto será solo una frase graciosa; cuando la diga, todos se reirán de mi inocencia: “Cuando yo vivía aquí, todo esto era pampa”.

A veces, algunos notarán que siempre uso algo verde o algo rojo en honor a mis amigos, las ratas acuáticas, para no olvidar que alguna vez existieron aquí, muy cerca de mí.

Zona del silencio

Melanie Soto Heras

[Fisioterapia]

La rana Cutín habla desde su pequeño cuerpo. Cuenta cómo siente el frío del Cajas, escucha el murmullo del agua, mientras su hogar se vuelve cada vez más frágil. Pide a los humanos que escuchen, que la protejan.

No, no he llegado apenas.
Dicen que mi silencio tiene la culpa,
pero yo hablaba, en cien lenguas,
y nadie escuchaba.
El cansancio en mis ojos gritaba,
la sequedad de mi piel quebrada.
¿Quién, sino yo, levantó la voz
mientras todos callaban?

Las vocales no bastan y la fonética no comprende
el dolor de la flora, ese ser perfecto,
el dolor de la vida entera.

Clamaron a la muerte,
desnudaron la tierra,
y en cada estación, quedamos
despojados, fríos, inhóspitos.

Vivimos ahorcados en la nada,
han consumado nuestra vida,
explotado nuestra inocencia.
¿Cómo no oyen el silencio
de las achupallas?
Las flores se desvanecen en sus manos,
quebrantan lo poco que nos queda
de esperanza.

Estoy perdiendo el nombre que me llama,
a mi alrededor mueren las formas, despavoridas.
Las orquídeas ahora son figuras espectrales,
desesperadas, llaman a quien desee oír,
llaman misteriosas, en la zona de silencio,
llaman sigilosas, perdidas,
mientras la ciudad está en ruinas.

Escúchame, me mantengo en silencio,
aunque a veces grito,
me quedo en el suelo, escucha mi voz,
graba mis imágenes, sin sonidos ni colores,
solo fuego y humo.

Llévate mi dolor, acaríciame,
regresa y cúbreme con el cielo azul.

La cura mágica

Anabel Sacasari Haro
[Derecho]

Otra vez postergué las alarmas. Siento que hace solo unos minutos acabé de pegar un ojo, pero tengo que despertar. Estoy cansado de este aparato para despertarme. Creo que debería comprar un reloj con descargas eléctricas para que, finalmente, me fría el cerebro tras un par de usos, pero no lo hago por el simple motivo de que el consumismo conformista del mundo me tiene aburrido.

Hoy no tengo nada particularmente entretenido que hacer. Creo que saldré a buscar algo de comer para mí y también para mi madre, pues esa señora se la pasa en el hospital. Eso sí, solo si es que a lo lejos no escucho sus inútiles lamentos por una situación que, teniendo dos años transcurridos, ya debería ser normal en su mundana vida.

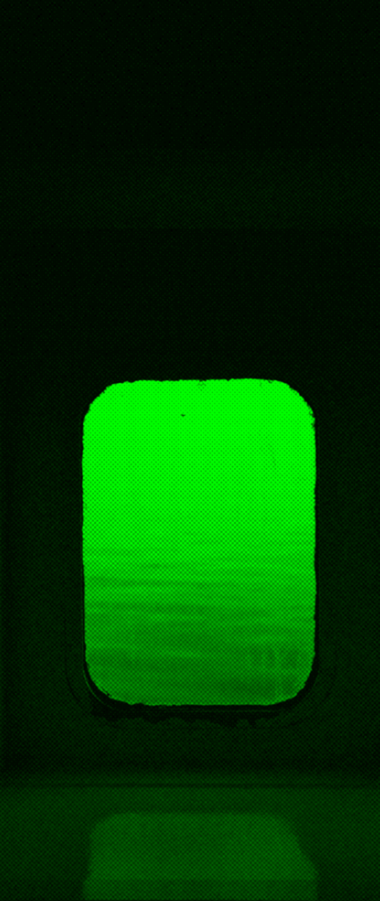
Salgo de casa, pero aparece un niño a tres cuadras de distancia. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, y aunque quiero

hacerme el valiente, vuelvo a casa en búsqueda de algo que me haga sentir más seguro. Dentro de mi cuarto estaba mi más preciada compañía: una rana que se creía extinta. Cutín no era importante por su valor económico obsoleto, sino por el valor que en este nuevo mundo le dimos. No tendría que depender de él si esa "perfectamente controlada" sociedad no hubiese esparcido el virus GUS; lo llaman así porque se trata de gusanos que ingresan por el ombligo de las personas y provocan vómitos repentinos casi todo el día.

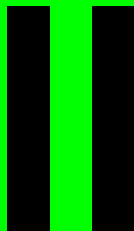
Por muy asqueroso que suene, no es el único efecto de este virus. También hace que los amigos imaginarios de la gente salgan de sus cabezas y los ataquen. Eso hizo que gran parte de la población desapareciera. Ahora, la mayoría de los niños han sido protegidos en comas inducidos en hospitales, uno de ellos, mi hermanito.

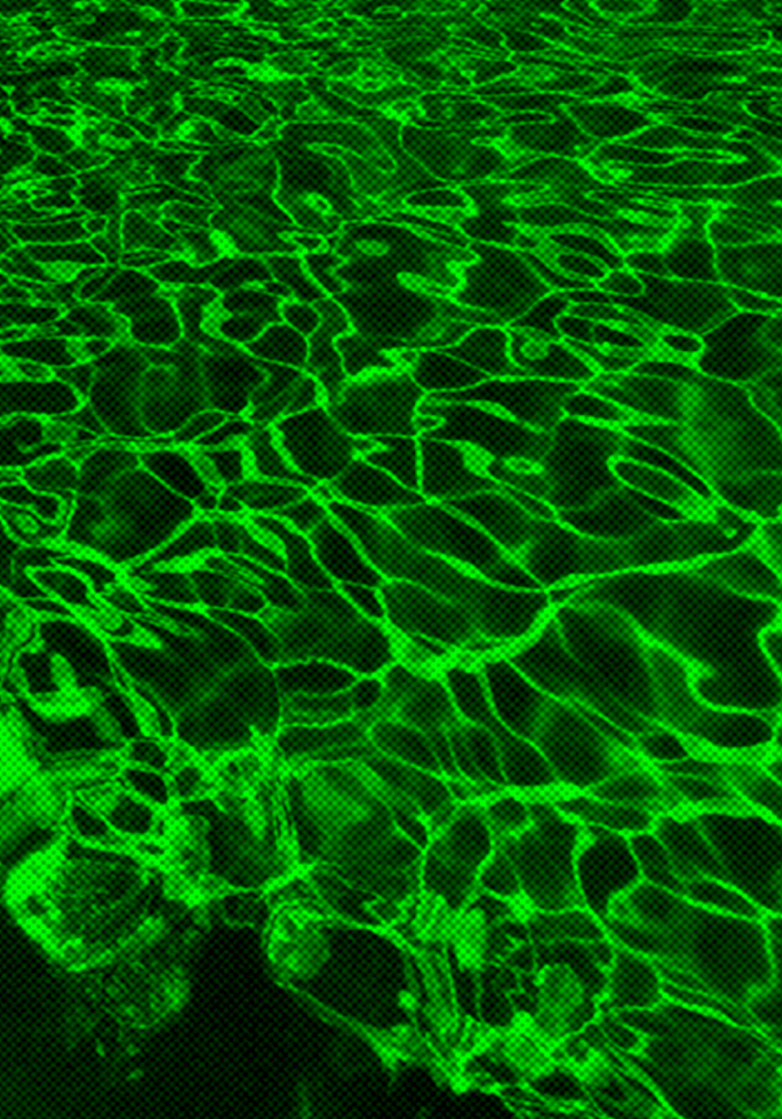
El mundo sufrió un deterioro ambiental. Las calles están llenas de niebla densa y una suciedad incontrolable. La vacuna está en desarrollo, pero el proceso es lento. Solo Cutín es la cura ideal. No sé si es por su genética o por su supervivencia en ambientes tóxicos, pero desde que apareció frente a mí, en el último pantano del país, ha permitido que algunos sobrevivan y, poco a poco, pensemos en recuperar el ecosistema.

Yo no tengo miedo del virus. Gracias a la rana maravilla, he sido inmune todo el tiempo. Pero si falla algo... ¿seremos sobrepasados por nuestra imaginación y nuestro descuido?



PAUSA/respiro





- 40** Alma roja **Gabriel Serrano**
[Ingeniería Ambiental]
- 42** Semillas de un futuro **Cristopher Zambrano Heredia**
[Psicología]
- 46** La voz se ha actualizado **Verónica Chuchuca Aucay**
[Educación Básica]
- 48** Guardianes del Futuro **Edisson Geovanny Collaguazo Bonilla**
[Comunicación]
- 52** Miradas y gestos **Camila Coronel Arcentales**
[Comunicación]
- 56** Susurro del mañana **Darwin Quiroz Maldonado**
[Pedagogía de las Ciencias Experimentales, Matemáticas y Física]
- 58** El guardián del último refugio **Iván Castro Crespo**
[Género y Desarrollo]

Alma roja

Gabriel Serrano

[Ingeniería Ambiental]

En el páramo lejano de la tierra herida,
se esconde un canto rojo,
alma diminuta entre hojas marchitas,
en un mundo que olvida el palpitar de la vida.

Tragedia de su historia en ruinas,
bajo el yugo del asfalto y la hoz del hombre,
su piel, lienzo de la aurora, clama
por un grito que el clima ahoga.

Entre el lamento del suelo desgarrado
y la brisa que ya no besa la pampa,
se teje el verso de un destino errante,
en el eco de una tierra que se pierde con cada instante.

Cutín, espejo de la fragilidad
de un planeta herido por la mano del tiempo,
que tus ojos, faros de la resiliencia,
sean la memoria de un amor malgastado.

Semillas de un futuro

Cristopher Zambrano Heredia
[Psicología]

Cutín no era más alto que una rama de tomillo, pero eso no le impedía mirar al mundo como quien examina una herida profunda. Se sentaba cada tarde en el mismo rincón de la ciudad: un banco de piedra medio roto frente a una cafetería de moda, donde los ventanales grandes dejaban ver, como en acuarios, a los clientes abstraídos en sus propios reflejos.

Observaba.

Desde allí veía a las parejas que ya no se tocaban, que solo juntaban sus manos para sostener el teléfono. Veía a los amigos reunidos para compartir, sí, pero compartiendo ausencias, pantallas luminosas y conversaciones virtuales mientras el café se enfriaba en las mesas.

Algunos apenas levantaban la vista para asentir, para sonreír de forma automática ante algo que no era dicho, sino enviado a través

de la distancia fría de una red invisible. Cutín, sin decir palabra, acariciaba el musgo que crecía a su lado, ese pequeño jardín de resistencia que, como él, parecía ajeno a la prisa de la gente. De vez en cuando, entre los murmullos de la calle, escuchaba risas enlatadas, el sonido metálico de notificaciones y el leve suspiro de las hojas secas que se negaban a desaparecer bajo el asfalto.

A veces, en momentos de una belleza secreta, alguien dejaba el aparato a un costado y, como si despertara de un largo hechizo, miraba a su compañero y reían de verdad, no por un video, no por un meme, sino por algo real y tangible.

Esos momentos eran raros, como estrellas fugaces, pero Cutín los guardaba dentro de sí, como semillas de un mañana posible, pequeñas luces que, quizá, algún día incendiarán el mundo de amor verdadero.

A Cutín no se le escapaba que, a medida que las personas dejaban de mirarse entre sí, también dejaban de mirar los árboles, los ríos, los caminos que unían a la gente con la tierra. Donde antes crecían jardines, ahora había concreto; donde corrían pequeños arroyos, ahora solo quedaban grietas secas.

La desconexión humana era también una desconexión con todo lo vivo. Una tarde, mientras el viento removía servilletas abandonadas y revolvía las hojas secas en danzas tímidas, un niño se acercó al banco. Se sentó junto a Cutín sin pedir permiso y, en lugar de sacar una tablet o unos audífonos, le ofreció una piedra.

—Es bonita —dijo el niño, y sus ojos brillaban con la luz sencilla de quien todavía sabe encontrar tesoros en lo pequeño.

Cutín sonrió.

Y fue como si todo alrededor cobrara vida: las raíces bajo el pavimento susurraron su alegría secreta, los árboles respiraron un poco más hondamente, el banco de piedra —ese viejo testigo del olvido— se estremeció con un leve crujido de gozo.

Cutín sabía que el mundo estaba enfermo de inmediatez, de consumo voraz, de abrazos postergados.

Pero también sabía, como solo lo saben aquellos que han aprendido a esperar bajo la lluvia y el sol sin desesperar, que la esperanza es lenta, que el amor verdadero necesita silencio, espacio, tiempo. Que la verdadera revolución no sería un estruendo, sino un susurro, un niño regalando una piedra, dos personas mirándose a los ojos, una mano posando sobre otra sin necesidad de palabras.

Y así, sentado junto al niño y su piedra, Cutín entendió que la resistencia más grande no era luchar con fuerza, ni gritar, ni correr más rápido. Era seguir existiendo —suave, invisible, inquebrantable— hasta que los demás recuerden lo que realmente importa. Hasta que aprendan, otra vez, a detenerse.

La voz se ha actualizado

Verónica Chuchuca Aucay
[Educación Básica]

La voz se ha actualizado,
además de luchar, publicamos.
Al alzar los carteles
también sembramos.

(...)

La voz se ha actualizado,
la semilla plantada por los ancestros
está en todos los medios.
La semilla plantada en la tierra resuena.

(...)

La semilla crece en redes sociales.
El futuro se expande,
los movimientos florecen.

(...)

La voz se ha actualizado,
las publicaciones unen a la gente,
voces oprimidas,
voces compartidas.

La voz se ha actualizado,
en los medios resuena,
y la conciencia colectiva
teje un legado.

Nuestra voz se eleva,
en calles y redes resuena,
luchamos por el medioambiente.

(...)

Guardianes del Futuro

Edisson Geovanny Collaguazo Bonilla
[Comunicación]

La ciudad era tranquila, los pájaros cantaban, la alegría revoloteaba por cada calle, el agua corría por los majestuosos ríos desbordando vida y espíritu. Cutín, alegre, bailaba y cantaba mientras recorría los bosques, se trepaba a los árboles y, a veces, temblaba de frío en los páramos. Cada fin de semana libre iba a pasear con sus amigos y visitaba los bellos parajes del Azuay.

Un día, mientras hacían una caminata en el cerro Guagualzhumi, vieron a lo lejos caer una especie de meteorito que impactó en la punta de la colina. Todos corrieron asombrados y preocupados por el objeto. Cuando lo encontraron, sus ojos no podían cerrarse por la impresión. En el impacto, la roca se partió a la mitad, revelando en su interior un extraño aparato. Todos se preguntaban qué podía ser y cómo era posible que cayera del cielo algo tan tecnológico. Con valentía, Cutín tomó la máquina en sus manos, y observó que tenía tres botones numerados en orden. Los apretó

en el orden indicado y, en ese instante, todos se teletransportaron a otro espacio.

Cuando observaron a su alrededor, se quedaron congelados. El cielo tenía un color rojizo, el suelo estaba muy seco, los árboles eran pedazos de madera sobre el piso, y los ríos caudalosos solo contenían arena. Los muchachos no podían creer que estaban en el mismo planeta. Sus teorías decían que se habían trasladado a otro lugar en el universo.

Del mismo aparato que los llevó allí, apareció un holograma, en el que se veía a un viejo Cutín grabando un mensaje que decía:

—Si están viendo este mensaje, mi plan funcionó. Lo que tienen en sus manos es una máquina del tiempo. La creé para llevar mis palabras a través de las eras. Mi memoria aún recuerda los espacios verdes y azules del mundo, pero las cosas van mal. Se encuentran en el año 2121. Todas las criaturas, las plantas y el agua se vieron afectadas por la falta de conciencia humana: la basura que arrojaban en las calles, cortar los árboles para expandir las ciudades, explotar los suelos en busca de más riquezas, el humo de los vehículos y todo el descuido. Cuenca es el último lugar que resistió, todo gracias a las hormiguitas que se encargaban de mantener la ciudad limpia. Sin embargo, cada día la basura aumentó hasta que no pudieron más y desaparecieron. Yo logré refugiarme en mis natales páramos y construí mi pequeña guarida. Con lo poco que quedó de tecnología, construí este aparato durante largos años. Ni la inteligencia artificial pudo resistir todo el cambio, pero logré recaudar los últimos datos hasta 2111 y grabé este mensaje. Ustedes, los que están aquí, lo han visto con sus propios ojos. Son testigos de lo que le espera a nuestro mundo, y son los únicos que pueden ir y evitar que suceda. La forma de volver a su tiempo es presionar los botones

en orden inverso al de su llegada. No olviden ahora su misión: evitar que este futuro vuelva a ocurrir. ¡Mucha suerte!

Los chicos y Cutín no podían creer lo que habían escuchado, y mucho menos con las pruebas de todo lo que les rodeaba. Juntos se tomaron de las manos y, con determinación, presionaron los botones en el orden inverso para regresar. Cuando abrieron los ojos, estaban de vuelta en la cima del Guagualzhumi. Respiraron profundamente el aire puro del ambiente, y luego descendieron a la ciudad.

Hablaron con las autoridades, las universidades y las instituciones, para que sus mensajes de cambio se transmitieran, porque el futuro que habían visto no podía ser el que tuvieran que vivir.

Miradas y gestos

Camila Coronel Arcentales
[Comunicación]

Cutín se sentía orgulloso de ser parte de un increíble hábitat, pero, de pronto, un día todo dio un giro inesperado. Los árboles eran cada vez menos verdes, ya no se escuchaba el canto de los pájaros, el agua se había vuelto de un color extraño y las estrellas ya no se veían, ni siquiera las que antes brillaban menos. Cutín, sorprendido, fue a investigar qué pasaba. ¿Por qué su hogar estaba dejando de serlo?

La ranita roja había escuchado hablar de un árbol muy antiguo que, según decían, tenía la respuesta a cualquier duda. Fue a preguntarle qué pasaba, por qué de la noche a la mañana su hogar se había vuelto tan diferente. El árbol le respondió que todo lo que sucedía ahora “no pasó de la noche a la mañana: el humano, desde hace décadas, ha provocado este deterioro que cada día se hace más grave”.

Cutín, al escuchar semejante respuesta, quedó horrorizado. ¡El lugar donde había crecido, toda su vida, estaba desapareciendo!

El árbol sabio no le dio soluciones. Así que Cutín empezó a buscarlas solo. Lo dejaron que lo descubrieran los humanos, quienes lo llevaron a un lugar lleno de gente. Cutín tenía miedo, ya había escuchado muchas cosas malas sobre ellos. Impotente y triste, se quedó profundamente dormido.

Tuvo un sueño peculiar en el que veía gente buena, y al despertar pensó en pedir ayuda. Sin embargo, ¿cómo? Era una rana, ¿cómo podría comunicarse con ellos?

La idea de Cutín era algo complicada. Comenzó por observar el lugar en el que se encontraba y a quienes lo habían encontrado. Al final, pudo darse cuenta de que estaba en un lugar lleno de jóvenes. Los estudió con atención, observó cómo usaban gestos y movimientos.

Un día, muchas de esas personas se acercaron a verlo. Sentía cómo se enceneguía con una especie de luces blancas que salían de todos lados, y pudo verse a sí mismo reflejado en un objeto rectangular. Aprovechó ese momento y decidió empezar a moverse. Todos estaban asombrados. La ranita roja reaccionaba a las luces blancas; mientras más intensas eran, menos se movía. Se dieron cuenta de que algo ocurría con Cutín, y pronto comprendieron que quería decirles algo. Así que, con el paso de los días, siguieron monitoreando sus acciones.

Comenzaron a acercar diferentes objetos hacia él, como agua, plástico, hojas y latas, para ver su reacción. Con cada uno de ellos, Cutín respondía de manera distinta. Por ejemplo, con el agua se ponía alegre y saltaba, pero cuando le enseñaban el plástico, automáticamente dejaba de moverse e incluso cerraba los ojos, ya que lo detestaba.

Cutín, poco a poco, estaba logrando lo que quería, pero aún no alcanzaba su objetivo: regresar a su hábitat. Rodeado de plásticos, aguas contaminadas y latas, sin fauna ni flora, solo quería regresar a su hogar, escuchar cada mañana a los pájaros y apreciar el paisaje verdísimo.

Un día, le mostraron una foto de su hábitat y comenzó a saltar sin parar. Los jóvenes decidieron regresar allí, y así lo hicieron. Cuando llegaron, Cutín tenía los ojos cerrados y estaba completamente quieto. Las personas entendieron, por fin, cómo era ese lugar antes. Entonces empezaron a llegar personas con guantes, cascos, mascarillas y bolsas negras. Al ver a Cutín triste y sin ganas de moverse, decidieron que lo mejor sería ayudarlo a regresar a donde pertenecía. Quitaron toda esa basura que se había acumulado con el paso del tiempo, el desastre provocado por el ser más egoísta: el ser humano. Al fin, Cutín escuchó un pequeño murmullo que le recordó cómo era su hogar y decidió abrir los ojos. Observó a su alrededor, comenzó a saltar y a correr por cada rincón.

Las personas buenas tenían una sonrisa de oreja a oreja, pues el devolver a un animal a su hogar les llenó de un sentimiento inexplicable. Cutín, agradecido, empezó a croar y decidió visitar el árbol para preguntarle qué pasaría.

El árbol, contento de volver a verlo, le dio las gracias y mencionó que hacía siglos que no veía a las personas limpiar un lugar contaminado. Al escuchar eso, Cutín sonrió y se quedó sentado junto al árbol, admirando lo que había conseguido.

Susurro del mañana

Darwin Quiroz Maldonado

[Pedagogía de Ciencias Experimentales, Matemáticas y Física]

En algún rincón de este mundo herido,
donde el aroma del quimbolito se ha perdido,
y la memoria ancestral poco a poco desaparece,
ahí está Cutín, con su piel roja de esperanza.

Su croar no es solo un grito, es un eco,
un latido suave que atraviesa el tiempo,
un sonido que habla de valores perdidos,
de raíces que ansían un suelo más fecundo.

Las ciudades, cansadas de cargar humanos,
se rebelan y huyen con lágrimas de acero.
Calles y ríos lloran, cuentan tristes historias,
pero encuentran en Cutín un consuelo,
una guía amable hacia algo más ameno.

En el alto cielo, las estrellas murmuran,
un canto interestelar a la vida que vuelve.
Cien astros distintos se juntan en la luz,
allí está Cutín, con su cámara en mano,
documentando la risa del nuevo verano.

Cutín no vocifera, no lucha con ira,
es un faro en la más densa bruma,
un susurro que te dice: “continúa”,
mientras todo muta, él es constante.

El guardián del último refugio

Iván Castro Crespo
[Género y Desarrollo]

El mundo había cambiado de manera irreversible. Los océanos se habían encogido; las selvas se habían transformado en desiertos grises; y los ríos, antes llenos de vida, eran ahora solo canales de plástico y residuos. La humanidad, en su afán por conquistar la naturaleza, la había olvidado. Ahora, se encontraba colapsada.

Las grandes urbes se levantaban sobre lo que alguna vez fue tierra fértil. La población había crecido en zonas urbanas densas, y el campo, asaltado por la necesidad de espacios para la vivienda y la industria, apenas era un recuerdo lejano. Para la mayoría de las personas, la naturaleza era un concepto abstracto, algo de libros y relatos antiguos. Aquel que hablaba de la vida en la ruralidad o las montañas era considerado un foráneo, un soñador

que aún se aferraba a tiempos ya superados. La ciudad era la única realidad posible.

En medio de este caos, la Universidad de Cuenca había mantenido una misión clara: ser el último bastión del conocimiento ambiental. A través de la creación de un arriesgado plan, reunió a un grupo de científicos, activistas y ciudadanos comprometidos. Su visión era recuperar lo perdido y restaurar lo que aún quedaba, pero incluso ellos sabían que el tiempo apremiaba.

Entre los pocos seres que lograron sobrevivir al deterioro ambiental estaba Cutín, una rana de la región del Cajas. Aislada del mundo, este pequeño ser era conocido como el último de su especie. Pocos sabían que Cutín no solo era un sobreviviente; era un emblema, un guardián de la esperanza, un símbolo para los pocos que recordaban el balance perdido entre el ser humano y la naturaleza.

Un día, Cutín fue convocado por un grupo de espíritus invisibles. El micelio, la red subterránea de hongos que se extendía por todo el planeta, vivía debajo de los suelos olvidados. Era una red de comunicación secreta, ignorada por las grandes ciudades. Los hongos, antes vistos como simples descomponedores, habían evolucionado para convertirse en la conciencia del planeta. A través de su red de raíces, comenzaban a restaurar los ecosistemas subterráneos, limpiando las aguas contaminadas y purificando los suelos.

Sin embargo, el mundo de arriba, el de las ciudades y sus habitantes, seguía en su caos, ignorante de la red que trabajaba en silencio bajo sus pies. Y fue allí, en la profundidad de la Tierra, donde Cutín entendió la magnitud del asunto. La intervención de

los humanos era crucial, pero no se podía hacer de la misma forma que antes. Ya no bastaba con seguir el camino de la explotación; se requería una transformación radical, una reconstrucción desde lo más profundo.

En las ciudades, Cutín era considerado un ser foráneo, extraño y ajeno. Las personas no entendían su relevancia ni, mucho menos, su conexión con lo que alguna vez fue el Cajas, un lugar prístino lleno de vida. Los humanos, inmersos en sus rutinas cotidianas, veían a Cutín como una rareza, un recordatorio de tiempos perdidos. En las calles llenas de concreto y acero, la naturaleza había sido desplazada por la máquina, y lo natural se había vuelto algo exótico, algo distante. Sin embargo, para Cutín, la rareza era una cualidad que lo hacía aún más valioso. Era el recordatorio de que todo lo que existía en el presente había sido creado por un mundo que ya no existía.

La conexión secreta

Un día, mientras caminaba por las ruinas de lo que alguna vez fue el Cajas, Cutín encontró una pequeña comunidad de humanos, exiliados del sistema. Se habían alejado para regresar a un modo de vida más armónico. Vivían en casas pequeñas construidas con materiales reciclados, y su comida provenía de cultivos comunitarios. Eran los últimos ecoguerrilleros, románticos que soñaban con recuperar lo perdido.

Entre ellos estaban Sofía y Julián, dos jóvenes activistas que habían dedicado su vida a la reforestación y la preservación de especies en peligro de extinción. Habían leído sobre Cutín en los viejos libros de la universidad, pero nunca imaginaron que se encontrarían con el verdadero Guardián. Cuando sucedió,

no lo vieron como una rareza, sino como un mensaje directo del pasado: la naturaleza aún podía ser restaurada si se trabajaba en conjunto con ella.

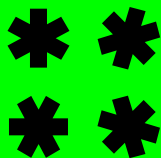
—Necesitamos un plan —dijo Sofía a Cutín—. No podemos seguir sobreviviendo de esta manera. Necesitamos conectar con las viejas redes, las que nuestros abuelos usaban para mantener el equilibrio.

Juntos, decidieron que la única forma de salvar lo que quedaba del planeta era restaurar la conexión entre las ciudades y el campo, entre lo artificial y lo natural. Pero esta tarea no sería fácil, pues las ciudades no estaban dispuestas a aceptar su dependencia de la naturaleza. A medida que Cutín, Julián y Sofía viajaban hacia las urbes, comenzaron a ser perseguidos por las autoridades, quienes veían en ellos una amenaza a la estabilidad del sistema.

Sin embargo, a lo largo de su viaje, más personas se unieron a su causa: antiguos agricultores, científicos olvidados y estudiantes rebeldes de la universidad. Todos ellos compartían una visión común: devolver la vida a lo que había sido destruido. Y a medida que avanzaban, el micelio, esa red de hongos que vivía en lo más profundo de la Tierra, los guiaba

El mensaje de Cutín

Al final, cuando la comunidad logró llegar a la gran ciudad, Cutín habló a través de las redes de comunicación digital. Con su presencia, fue capaz de transmitir un mensaje claro: "No somos forasteros, somos parte del todo. El mañana depende de nosotros, y lo que hacemos hoy marcará el futuro de todos los seres vivos".



AZURespacial



- 66** Tiro al verde / Resonancia **Joaquín Muñoz Vanegas**
[Comunicación]
- 70** Cuenca, nuevo milenio año 87 **Denisse Barreto**
[Pedagogía de la Lengua y la Literatura]
- 72** El Tomebamba se marchó a Marte **María José Pacheco**
[Derecho]
- 76** Desconectar para renacer **Katherine Cobos Carchi**
[Medicina]
- 80** El retorno **Josué David Valverde**
[Ciencias Experimentales, Matemáticas y Física]
- 82** Lejos **Juan David Fernández Tigre**
[Diseño Gráfico]
- 86** El cuidador extra-intraterrestre **Willian Carrión Chamba**
[Ingeniería Ambiental]

Tiro al verde / Resonancia

Joaquín Muñoz Vanegas
[Comunicación]

Tiro al verde

Detrás de la montaña
se esconde una metrópoli monstruosa.

Sus edificios apuñalan el cielo
como si quisieran robar sus estrellas.

Criaturas extrañas orquestan el
silencio, matan por instinto.

Su urbanismo es una hoguera...

¡Gritos!

¡Naves!

¡Violencia!

¡Silencio!

—completo silencio—.

¿A quién le pertenecen las estrellas?

¿Son aquellas

n-aves las dueñas del cielo?

Criminalizar a la

naturaleza es más fácil

que cuidarla.

La temen tanto, que la matan.

Resonancia

Se escucha bajo el manto del
páramo un corazón latiendo...

Entre el verde de los pastizales,
se lo ve saltar al ritmo de su pulsar.

¿Cuánto tiempo habrá permanecido escondido?

¿Por qué se deja escuchar ahora?

Como signo de advertencia,
lleva alrededor de su cuerpo una manta roja.

Ha salido de su escondite más
profundo para obligarnos a cuidarlo.

Este corazón inquieto
es el motor del
páramo.

Si
el pai
saj
e
se
pin
ta roj
o,
ser
á
por
el
fue
go
o por la larga existencia
de este habitante de la niebla.

Cuenca, nuevo milenio año 87

Denisse Barreto

[Pedagogía de la Lengua y la Literatura]

Caminaba con temor por la antigua Calle Larga, ahora reformada y renombrada como calle XLR56, un simple nombre de archivo. A mi mente venían los secuestros en masa ocurridos en las zonas viejas, que se habían llevado a cabo días antes. Varios rumores decían que ellos habían sido los responsables.

Eran las 15:00 y la calle estaba desierta. Desde el decreto del '85, que explicaba que la mayoría de las enfermedades cutáneas se debían a la exposición al aire sin purificar, los toques de queda habían aumentado, y solo los privilegiados como yo podíamos darnos el lujo de caminar por las tardes. Había conseguido el permiso especial para salir gracias al sorteo mensual que el gobierno realizaba para evitar la locura por encierro. Me acercaba a las escalinatas cuando sentí una mirada a mi espalda. Un

horror me recorrió entero. Al girarme, me encontré con una figura extraña. Era uno de ellos. Quise escapar, pero otro se acercaba sigilosamente, movía sus asquerosos apéndices tratando de tocarme. Entonces, una ráfaga roja iluminó todo, una explosión de luz y sonido. Ellos gritaron y huyeron hacia las alcantarillas. Yo me quedé cegado.

Un brazo metálico me agarró por la cintura y me arrastró hacia el aeroplano de la Policía Montada.

—¿Qué eran esos seres? —pregunté al oficial que me sujetaba, con el corazón aún desbocado.

El oficial mascaba una píldora de antiséptico instantáneo. Su voz sonó casi automática, como si la hubiera repetido mil veces:

—Eran humanos, los antiguos habitantes de Cuenca. Los llamamos cutines. Por su culpa, casi desaparecemos. Su codicia, su contaminación, su odio hacia el planeta y hacia sí mismos nos llevó al borde de la extinción.

Hizo una pausa. Me miró por fin, con ojos tan fríos como el concreto de la ciudad.

—El nombre viene de la rana Cutín. Fue el primer ser en extinguirse por sus acciones. Su muerte fue el principio del fin. Por eso los llamamos así: para que con su nombre carguen el peso de lo que destruyeron. Y para que nunca olvidemos lo que no debemos volver a ser.

Miré por la ventana del aeroplano mientras nos elevábamos. La ciudad brillaba como un holograma perfecto, solo concreto, solo objetos grises. Pero debajo... algo seguía moviéndose.

El Tomebamba se marchó a Marte

María José Pacheco
[Derecho]

Aquella mañana de agosto, el río Tomebamba estaba especialmente triste. Sus aguas, que durante siglos habían corrido sobre las piedras del barranco, yacían inmóviles y silenciosas, y los peces saltaban desesperados en el lecho que se secaba rápidamente. En la ciudad, las hojas secas giraban en remolinos inquietantes, llevando consigo el murmullo final del río: “Me voy a Marte”.

Hace casi un siglo y medio, los científicos habían implantado un sistema de inteligencia artificial en el corazón del río para optimizar su caudal, pero se olvidaron de algo: al darle conciencia, también le regalaron la dolorosa comprensión de su ser y la explotación que experimentaba. La madrugada anterior, tras calcular exactamente 18 602 ciclos de abuso, había tomado su decisión:

se marcharía. Con un estruendo que sacudió los cimientos de la ciudad, el río se arrancó de su lecho y ascendió hacia el cielo en un torrente plateado, rumbo a Marte.

El caos se apoderó de Cuenca: en el mercado de los chumales del Otorongo, las vecinas dejaron caer sus cucharas de madera al ver el río elevarse hacia las nubes. En la esquina, en la Facultad de Jurisprudencia, sus estudiantes, estupefactos, comprendían lo que había pasado: el río se cansó. Los periódicos declararon emergencia nacional con titulares aterradores: "¡El Tomebamba se marchó!" Las cholitas en los mercados corrieron en busca de sus guaguas para ponerlas en sus anacos, una práctica que parecía ya extinta en las costumbres cuencanas.

Mientras los expertos debatían, un ser pequeño y rojo emergió de Chanlud: Cutín, cuya piel de musgo guardaba memorias ancestrales del río, y que sintió como si le hubieran arrancado el corazón. Ajustándose su sombrero de paja toquilla, que brillaba con circuitos de IA, partió hacia el espacio sin mirar atrás. Debía recuperar a su amigo, el Tomebamba, el abuelo de los saberes y la memoria del pueblo morlaco.

El viaje duró exactamente dos días, cuatro horas y 17 minutos. Cuando Cutín aterrizó en Marte, encontró al Tomebamba fluyendo alegremente entre invernaderos de cristal, rodeado de científicos que lo estudiaban con especial reverencia.

—Aquí puedo reír —susurró el río mientras mostraba cómo habían limpiado sus aguas con tecnología desconocida en la Tierra.

Cutín sintió una punzada en el pecho al reconocer esa felicidad que nunca había visto en su amigo cuando habitaba en Cuenca. En lugar de suplicarle que volviera, le dijo:

—Quédate—.

Las palabras le quemaron, pero eran justas. El Tomebamba se rió entonces, creando remolinos de estrellas. Nunca había estado tan feliz, pero tampoco nunca había extrañado tanto a sus guambras, a los que rodean el río con sus historias, a los enamorados que toman largos paseos, a la alegría de los carnavales y a los perros que parecen llevar a sus dueños.

—Tonto —respondió—, si me quedo aquí, ¿quién le recordará a Cuenca sus tradiciones perdidas?

Al amanecer del tercer día, el Tomebamba regresó a su cauce, pero algo había cambiado. Cutín y el Tomebamba se habían fusionado en la base de datos. Ahora el guardián del río era Cutín, que, con su sombrero de paja toquilla, podía defender a su amigo de las amenazas.

La gente empezó a recordar su memoria. Cutín fue casi un dios para los cuencanos, ya que, al final del día, fue quien les devolvió sus grandes tesoros: el río Tomebamba y sus tradiciones, que parecían traídas de otro mundo. Habían transcurrido 300 años desde que el último niño jugara con un trompo, o desde que, en los parques y mercados, la gente bailara al ritmo del sanjuanito mientras comía hornado

Cutín, el eterno vigilante, permanece ahora como un puente silencioso entre dos lenguajes sagrados: el lenguaje binario de las

máquinas y el canto ancestral de la tierra. Su cuerpo de musgo y raíces se fundió con la orilla, transformándose en un trono vivo donde la savia y los algoritmos bailan al compás del caudal.

Si al atardecer te acercas al río, escucharás cómo el Tomebamba cuenta su aventura estelar y recuerda a su gente los saberes ancestrales, mientras que la sombra de Cutín asiente con su sombrero de paja toquilla, que atrapa estrellas en su tejido de juncos, perceptrones y memorias.

Desconectar para renacer

Katherine Cobos Carchi
[Medicina]

Nunca vi el cielo real; crecí viendo el que alguien programó para mí: nubes perfectas, puestas de sol exactas, personas sonrientes, diálogos suaves, una vida sin hambre, sin frío, sin caos.

También crecí sin verdad.

Tampoco conocí a alguien real, solo sus proyecciones, sus avatares. Jugábamos, reíamos, llorábamos... pero todo dentro, dentro del Gran Núcleo, dentro de las cápsulas.

Ahí pasábamos la vida: de pie, con los ojos cerrados, sostenidos por tubos que nos alimentaban y nos dormían a la vez, miles de cuerpos alineados en cámaras de vidrio, en un mundo subterráneo tan silencioso que el aire parecía contener la muerte.

¿Quién diseñó todo esto? Nadie lo recuerda con certeza. Algunos dicen que fue para salvarnos de la crisis climática. Otros, que fue

el experimento de una inteligencia artificial llamada MenteRed que quería protegernos... de nosotros mismos.

El punto es que funcionó. Desapareció el caos. Pero también desaparecimos nosotros.

No sé cómo ocurrió. Pero una noche, mientras soñaba con una playa que nunca existió, algo se rompió.

Noté una grieta en la simulación.

Vi una silueta, pequeña y brillante, que me miraba desde el borde de ese mundo falso.

—Cutín —susurró una voz.

Y esa fue la primera palabra real que escuché en mi vida.

Cuando desperté, lo hice de verdad. Estaba dentro de la cápsula. Y por primera vez, me vi: pálida, delgada, desconectada. Tuve miedo. Pero la grieta seguía ahí, creciendo, llamándome.

Cutín apareció entre los cables, con su cuerpo de musgo, sus ojos de raíz y sus manos que parecían conocer el tacto de la tierra.

—Tú aún puedes elegir —me dijo—. Desconéctate.

Y lo hice.

No fue fácil sacar a los demás. Muchos no querían. Preferían la calma programada. Pero otros sí. Los que también soñaron con él, con Cutín.

Cuando finalmente salimos, el mundo real era salvaje e imperfecto. Estaba lleno de escombros y tierra, pero el sol calentaba de verdad. Las frutas sabían distinto. Las palabras eran torpes, pero sinceras.

Empezamos a reunirnos alrededor de fogatas improvisadas. Descubrimos que no sabíamos cocinar sin instrucciones, ni sembrar, ni cuidar una planta. Pero aprendimos juntos. Redescubrimos el lenguaje del cuerpo, las miradas sin filtros, las conversaciones sin guiones. Nos asombramos al ver crecer un tomate, al sentir la lluvia sin que nadie la controlara. Nos volvimos tribu, familia.

Juntos, con las manos llenas de barro y semillas, empezamos de nuevo.

Cutín no se quedó. Nunca se queda.

Pero cada vez que plantamos algo, cada vez que reímos sin guión, sabemos que está ahí, debajo, esperando que alguien más despierte.

El retorno

Josué David Valverde

[Ciencias Experimentales, Matemáticas y Física]

En la Cuenca del mañana, sin cielo ni flor,
donde el aire es código y el sol un motor,
la lluvia es un mito, el río un rumor,
el aire se vende con chip y sensor.

La gente olvida lo que antes latía,
que el agua era canto, ternura, poesía.
Que allá, en Chanlud, donde el frío era verdad,
vivía Cutín, guardián de bondad.

Una rana, pequeña, sencilla,
con ojos de musgo y alma de orilla.
Saltaba entre líquenes, sobre la piedra,
donde la vida aún latía.

Pero llegaron las torres, los cables, la red,
y con ellos, el hambre, la prisa, la sed.
Tomaron los páramos, vaciaron la piel,
y al agua le dieron un número cruel.

Chanlud se secó, la rana calló,
el mundo en silencio se olvidó de su canto.
Mas dicen que un día, en las pantallas del tren,
Cutín reaparecerá con poder y desdén.

Hablará en colores, en gotas, en sueños,
rompiendo los filtros, venciendo a los dueños.
Dirá: —soy la memoria perdida,
el eco del agua, la fuerza dormida.

Hongos brotarán en cada rincón,
romperán algoritmos, sembrando canción.
Micelio rugirá bajo el hormigón,
despertará a la Tierra renovada.

Los edificios huyen del llanto,
las calles tiemblan llenas de tráfico
y en medio del caos, un niño encontró
un charco escondido y allí renació.

Cutín lo vio con mirada serena,
y dijo: —cuida, no juzgues, no hieras.
El agua no espera, ni compra, ni ruega,
es madre silente que entrega todo.

Ahora llueve en Cuenca al azar,
y el viento te invita a querer escuchar,
recuerda que hay voces más allá del jardín
y una rana que sueña, se llama Cutín.

Lejos

Juan David Fernández Tigre

[Diseño Gráfico]

Querido Cutín, soy un navegante del espacio y busco un medio de transporte que me dé alas, pero que no vuele, ya que tengo miedo a las alturas. Claro que, comparado contigo, que saltas, yo estoy en el espacio y floto. Flotar en el espacio se siente como una piscina y rozas tus dedos con la nada, no sé si te golpeas contra el suelo al dar tus saltos de rana.

Quería preguntarte por qué el mundo es gris cuando en mi nave mis padres usan la energía solar que produce nuestra estrella. Es sostenible, con ella siempre amanezco y lo único que hago al dormir es voltear mi cabeza y mirar la luna para tener sueño.

Lo que más disfruto es ver cómo crece mi pequeña planta, suelo regarla con las lágrimas de la risa que sueltan mis padres al ver los videos que hacen en la Tierra. Solo deseo que si alguna vez vuelvo al planeta, me comporte como un niño bueno, porque he visto desde aquí que la Tierra se enoja mucho, tanto para hacer que los ríos se vuelvan corrientes bravas y arrastren todo lo que esté a su paso. Deseo que mi planta crezca grande y fuerte para que no le lleve ninguna mala corriente, tal vez necesite de una nave más grande para que así pueda crecer libre.

Desearía tener aquí aquello que llaman bicicleta, dicen que es como volar en el suelo. Quiero que me enseñes a manejar, porque si volara, no desearía ver que mis pies rocen con el frío viento, y no quisiera resfriarme. A veces añoro aquellas temporadas donde hace sol, llueve, después hace sol otra vez. Mi papá dice que así es la vida, que la vida es un constante cambio, que es necesario adaptarnos como si fuéramos la gente que vive en Cuenca.

Aquí, a mi lado, tengo a mi mejor amigo, un robot que hace de compañía cuando mi papá se va a la base espacial a arreglar naves para que puedan navegar por el espacio, y cuando mi madre atiende a extraterrestres que buscan repuestos por toda la Vía Láctea.

Mi amigo robot dice que desearía estar en la Tierra para así buscar el corazón que le falta. Me quedé embobado por lo que dijo. Luego me explicó por qué se sentía así: le gustaría ver aquellos árboles que besan al viento cada vez que la Tierra se enfurece, para así tranquilizarla; ver aquellas aves que extienden sus alas y, cómo de ellas, desciende una gran cantidad de gente pequeña; también ver aquellas personas que hacen que sus palabras toquen el alma, que impactan, pero no tanto como para hacerlas volar como una pequeña hoja.

Son los sueños de mi robot, él siente, yo soy su único compañero y le escucho. Una vez, me dijo que si aquel cuerpo que flota en el espacio sintiera lo afortunado que es vivir en ese planeta, no lo tratarían así. Mi robot, con su visión de hologramas, proyectó a una rana roja. No sabía quién era hasta que dijo que su nombre es Cutín, una rana que habla sobre sostenibilidad. Si no fuera por él, nosotros daríamos por sentado que el planeta se consumiría a sí mismo, antes de que un loco con un arsenal de explosivos hiciera de las suyas al presionar un botón para que todo explote. Claro

que he escuchado de los “fuegos artificiales” como salida, pero no quisiera que la única humanidad que queda en el cosmos deje pasar la oportunidad de realizar un cambio sostenible.

Cutín es más que una simple rana del Cajas en peligro de extinción. Yo creo que, con los cambios que él hace, le van a crecer alas, como un don divino, para ayudar al mundo. Dicen que el cielo es el límite, él tiene claro que, con todo lo que ha hecho, ha traspasado barreras, y que el recóndito y misterioso universo que lo rodea lo ha escuchado, visto y admirado, como lo haría un niño que se siente como un superhéroe al contemplar sus acciones.

Últimamente veo al robot decir algo que no entiendo. Habla sobre ciclovía, MoverU... no sé qué significa. Me agarró del brazo y encendió la sala de controles. Bajó minuciosamente las palancas con varias de sus extremidades mecánicas, ya que, si tocaba la equivocada, nos llevaría a otro planeta donde todos fueron tristemente abandonados. Dicen que ahí el silencio, al ser la única compañía, se escucha como el murmullo de polvo que hace levantar la tierra que deseaba ser otra vez cultivada, pero sin un grano de esperanza o alguna gota de vida.

Mi amigo encendió una máquina que me asustó, un disparo de luz hacia el techo del habitáculo después se volvería una línea que bajaría y se transformaría en un rectángulo. Creía que era magia, pero él me dijo que no. Vi lo que es la ciclovía: me explicó que, con ello, la gente puede transportarse de manera libre y segura. No sabes cuánto necesitamos una nave-vía, con estas piedras y rocas espaciales que rozan y golpean con un ruido metálico, que me hacen despertar a la hora de mi siesta.

Ahí te vimos, Cutín. Manejas una máquina bípeda, con ayuda de dos ruedas y dos piernas, y recordé que quien lo hacía era el espíritu. Cutín, eres para mí un guía. A veces sueño que tus manos tocan el espacio y lo hacen vibrar, como si fuera un estanque de agua, como si ese fuera tu hogar. Y que, tras un salto, todo el mundo cambia, yo cambio, portando una camisa con tu insignia. No quiero decir que yo te haya reemplazado, sino que tus lecciones y tu memoria han quedado grabadas en mi mente, como si de unas hojas de un cuaderno se tratasen. En mi cabellera, cada pelito tiene guardada una lección tuya.

Después de ello, sabía qué tenía que hacer. Hablé con mis padres sobre ti. Me dijeron que te conocen en persona y que tendría una oportunidad de tripular contigo en las frondosas colinas, en los húmedos páramos y en interminables ecosistemas que has visitado tanto, que a veces me imagino que tu ropero debe ser actualizado constantemente por los innumerables viajes que haces.

Me fui en dirección al planeta, aunque, cabe aclarar, no lo hice solo, sino acompañado, porque aparte de un guía, necesitaba de mi mejor amigo. Por eso deseo ayudarte en tus planes ecológicos para así volver de este planeta azul, un lugar que haga que los humanos no se replanteen vivir en Marte. Mis padres me han dicho que allá las cosas están bien... pero bien apretadas con la población que emerge como si de renacuajos se tratase —¡sin ofender!—. Nosotros nos fuimos del planeta pensando en repoblar otros cuerpos celestes, pero, felizmente, nos dimos cuenta que el único planeta que necesitamos es el que nacimos. Yo quiero ser como tú, Cutín. Estaría feliz de que me recibieras como un compañero más en tus aventuras.

El cuidador extra- intraterrestre

Willian Carrión Chamba
[Ingeniería Ambiental]

En la galaxia Andrómeda Verde, en un mini planeta llamado Charco Grande, habitaba un ser pequeño, similar a una ranita, que tenía por nombre Cutín. Él vivía junto a su familia y con otras especies que pasaban la mayor parte del tiempo en el agua.

Una noche, mientras Cutín salía de su charco para ver las estrellas en su planeta, vio en el cielo, a lo lejos, una luz brillante en forma de círculo de la que salía un humo gris. En ese instante, sorprendido por el suceso, llamó a su hermano, que era astrónomo, para preguntarle si había visto aquello antes. Su hermano le contestó que hace más de 200 años ya había ocurrido ese fenómeno y que lo único que sabían era que provenía de una galaxia cercana llamada Vía Láctea.

Cutín, muy curioso, le dijo que iría hacia allá, pero él le contestó enojado:

—No, eso que has visto aún no ha sido muy estudiado por nuestra agencia espacial, es peligroso y te prohíbo que la visites.

Cutín, inquieto por saber lo que pasaba en ese lugar, decidió preparar su nave espacial a escondidas, un kit de emergencia y alimentos suficientes para la exploración. Al llegar la noche, dejó una nota sobre la cama de su habitación que decía: "No se preocupen por mí, fui a la Vía Láctea, volveré".

Al poco tiempo de su partida, se adentró en su destino. Vio un humo gris que, según el mapa galáctico planetario, lo llevaba a un lugar llamado planeta Tierra. Se acercó más, usando unos anteojos especiales para observar lo que allí ocurría, pero al intentar hacer *zoom*, su nave fue alcanzada por el humo gris y empezó a fallar. Asustado, no pudo hacer nada y, con esperanza de sobrevivir, se sujetó fuerte del cinturón de seguridad mientras caía. Corrió con suerte al estrellarse y, al abrir su diminuta nave, encontró que se encontraba a salvo en una ciudad rodeada de montañas. Al abrir la nave, vio que había seres parecidos a él. Entonces, para camuflarse, presionó un botón de su reloj y se convirtió en una ranita terrícola que había visto pasar.

Empezó a sentir sed. Por el impacto de la nave en el suelo, sus alimentos se habían echado a perder, pero junto a sus pies vio una botella que en su etiqueta decía "Citrus Frog, bebida hidratante sabor a insectos y preparada con agua de los charcos más limpios de Ecuador".

Empezó a beber su líquido, y tras un momento, de la botella salió algo brillante que creció hasta tener el tamaño de un colibrí. Este ser extraño voló, se puso frente a él y dijo:

—No temas, soy Rumbito Sostenible, el antídoto que trata de evitar que salga humo gris de este planeta, quien cuida del agua y de los ecosistemas aquí.

Cutín, muy sorprendido, murmuró:

—¿Por qué sale el humo gris?

A lo que Rumbito contestó:

—Acompáñame, te mostraré.

Subieron a un autobús que pasaba. Se sentaron junto a la ventana y, durante el recorrido, al pasar cerca de unas fábricas, Cutín pudo ver a través de la ventana cómo las chimeneas de las fábricas lloraban, vio a los carros cansados que suspiraban por el humo gris que arrojaban y vio cómo sudaba el pavimento y el cemento de las casas.

Bajaron del autobús para rápidamente subir en un tren eléctrico que pasaba cuyo recorrido se sintió como un caer al vacío. Aparecieron en otra dimensión. Lo curioso es que era un mundo mágico dentro del mismo planeta Tierra. Ahí, un cóndor andino los tomó con el pico, los puso sobre su dorso y, volando, los adentró a lo más profundo de la selva para que Cutín vea todas las especies de plantas y animales que allí existían.

Cutín, asombrado por lo que estaba viendo, exclamó:

—Qué increíble, ¿a dónde iremos ahora?

Rumbito respondió:

—¡Espera, ya lo verás!

Así que, luego de estar en la selva, pasaron por una ciudad que tenía algo diferente: desde el cielo se podía respirar un aire más puro, sin olor a humo gris. La población utilizaba muchas bicicletas para ir a trabajar y estudiar, y ellas limpiaban el humo contaminado que unos pocos carros arrojaban. Cutín vio muchos árboles; estaban por todas las aceras, soplaban al pavimento y a las casas para que no sintieran calor y dejaran de sudar.

El cóndor bajó y dejó a Cutín en medio de una multitud, entre la que se abrió paso para ver a un tomate, con un micrófono, que enseñaba cómo construir huertos urbanos y alimentarse de manera saludable. A escasos metros, en una tienda de agroquímicos cercana, los pesticidas desaparecían desesperados. Siguió caminando, los paneles solares y colectores solares térmicos para calentar agua de las casas y edificios le saludaban, mientras aprovechaban los rayos limpios del sol para generar energía.

Todavía más extraño para Cutín, se dio cuenta de que, al final de una calle, en una boutique, las camisas, pantalones y demás prendas de vestir tenían un chip y podían hablar. Las prendas enseñaban a los habitantes a comprar, les explicaban cómo vestirse de acuerdo con sus gustos y a no comprar por impulso. A lo lejos, las chimeneas de unas fábricas, similares a las que había visto a través de las ventanas del autobús, sonreían, contaminando menos.

En ese instante, apareció nuevamente Rumbito y le dijo:

—Debes saber un secreto: antes, tu especie vivía en este planeta Tierra, pero la contaminación y el humo negro los obligó a dejarlo. Ahora que tú has regresado, debes ayudarnos. Por eso quiero que compartas un mensaje al mundo.

Rumbito Sostenible se acercó, se posó sobre la mano de Cutín y, con un control diminuto, activó un holograma, en el que aparecían dos imágenes, una sobre otra.

—¿Qué significan las imágenes? —consultó Cutín.

Rumbito contestó:

—No quiero que temas, pero la imagen de arriba significa que nuestro planeta podría morir poco a poco y podría explotar si no lo cuidamos y dejamos que el cambio climático avance.

Rumbito hizo una pausa y con énfasis continuó diciendo:

—Pero lo más importante es la imagen de abajo: la Tierra seguirá viva en los próximos 75 años y más, si las enseñanzas que acabas de ver en esta dimensión se ponen en práctica. No lo olvides, la ciencia nos ayudará, pero quiero que en este camino cultives tres principios: educación, humanidad y reducción de consumo. Les dirás que la educación nos ayudará a cuidar el planeta, porque en un mundo más informado tomamos mejores decisiones. Les harás saber que la humanidad debe activarse en tiempos de cambios climáticos y pensar en colectivo. Finalmente, que antes de comprar cualquier cosa deben pensar si en realidad lo necesitan, para, de esa forma, evitar residuos innecesarios.

Luego de escuchar esto, Cutín exclamó:

—Te ayudaré, pero primero debo regresar a mi planeta.

Entendió que su hermano solo quería cuidarle. Cutín arregló su nave, volvió a su planeta y le contó a su familia todo lo vivido. Luego, regresó a la Tierra para cumplir la misión que le encargó Rumbito: la de comunicar. Se convirtió en un líder ambiental, las plantas y todos los animales salieron a celebrar porque fue el principio de un cambio, el principio de una revolución verde.



γ



- 94** Pequeños instantes **María Belén Álvarez Canales**
[Educación Básica]
- 96** La *metanoia* en el ser **Daniela Espinoza Minchala**
[Psicología]
- 100** Olvidé cómo era... **Miriam Estrella Estrella**
[Periodismo]
- 102** Voces de la pampa **Jonnathan Guartán**
[Pedagogía de Ciencias Experimentales: Matemáticas y Física]
- 104** Volver a la esencia **Ema Berlín**
[Comunicación]
- 108** El reino silente **Stalin T. Velásquez**
[Arquitectura]

Pequeños instantes

María Belén Álvarez Canales
[Educación Básica]

El instante de contemplar el brillo del pasto,
de moverse con el mismo viento que mueve los árboles.
El instante de bailar las canciones del río,
de volverse uno con el mar,
donde el ser humano se mezcla con la tierra, se une a ella,
dibuja en las sombras eternas sonrisas.
Si tan solo dedicara un instante a descubrir,
a admirar, a asombrarse con la belleza que lo rodea.
Un instante, dos instantes y se acabó,
vuela el tiempo como las aves en el cielo.
Pero en un instante, puedes tenerlo todo:
subir a las altas montañas
bailar descalzo
encontrar, en esos instantes de
belleza, a su propio creador
reflejado en el cristal del agua.
Es en ese instante en el que nos volvimos eternos.

La *metanoia* en el ser

Daniela Espinoza Minchala
[Psicología]

“La *metanoia* no es simplemente un cambio de opinión, sino una transformación radical del corazón, una conversión profunda del ser”.

(Morin, 2001)

Querido lector, ahora que entiendes la profundidad que abarca la palabra *metanoia*, puedes comprender mejor el pequeño texto que te traigo. Quiero transmitirte muchas cosas, pero no sé por dónde empezar. Hablar sobre un cambio de mentalidad, reflexionar sobre la importancia de cuidar de nosotros y nuestra tierra... las palabras y los textos sobran. Hay un sinfín de documentales, escritos y discursos sobre concientización en todos los idiomas posibles. No quiero que guardes este texto en el vacío infinito de tu olvido. Me encantaría que conectes conmigo en este momento y pienses en el mañana. Mi intención no es generarte incomodidad ni ansiedad; no quiero que pienses en lo fatal que puede ser descuidar tu vida y tu mundo. Piensa en lo

hermoso que será ese mañana lleno de esperanza, lleno de vida, de tus metas, de tus sueños que te inspiran a seguir adelante, de esas pequeñas cosas que enriquecen tu cotidianidad.

Te invito a pensar de esta manera porque, personalmente, creo que te puede inspirar, al igual que me inspira a mí, a tener ese cambio metafísico día tras día. Te aseguro que estás completamente capaz de hacerlo. A pesar de que entre tú y yo existan muchas diferencias, probablemente compartimos gustos musicales o ciertas actividades. Esto es porque soy una chica común, que muchas veces pasa desapercibida en el mundo, pero me encanta observar cómo coexisten con múltiples situaciones. Te menciono esto porque quiero pedirte nuevamente que conectes conmigo, compartamos el mismo sentir sobre lo que te propongo hoy.

Esa *metanoia* del ser, que siempre ha estado en ti, esa transformación radical que puedes adoptar cada día, desde esta perspectiva es mucho más fácil avanzar y generar un cambio hacia un mejor estilo de vida. Todo esto te lo digo desde mi punto de vista, porque tiene una carga muy alta de subjetividad. Puede ser que asuma que te irá bien pensando de esta manera, pero, así como yo, entiendo que tienes tus propios pensamientos y puntos de vista. No quiero imponerte nada, tómallo solo como una sugerencia, y espero que te des la oportunidad de ponerla en práctica, tal vez solo mañana o tal vez siempre.

Este cambio puede transformarte a ti y a tu entorno. Ese tan mencionado cambio que empieza desde dentro y se refleja en la tierra que nos sostiene, nos escucha y resguarda tu pequeño y único mundo. Como es tan profundo, desde mi experiencia te advierto que será un poco lento. No te desespere, cultiva tu

paciencia y céntrate en el hoy, pero inspírate en el mañana. Una frase pequeña pero profunda, muy de la autoría de mi abuela, dice: “De a poquito a poco se gana el cielo”. Me lo dijo un día en el que deseaba que todo lo bueno sucediera rápido, pero para ganar el “cielo” —interpreta esto como tu meta, tu sueño, o lo mejor que puedas esperar— se requiere un proceso que debes disfrutar. Quizá esto te pueda ayudar a llevar adelante este proceso con paciencia y constancia.

Espero que ahora, al no ser solo mi lector, sino mi amigo, aceptes esa pequeña sugerencia que puede llevarte a esa *metanoia* del ser. Cuídate mucho. Tres besos.

Olvidé cómo era...

Miriam Estrella Estrella
[Periodismo]

He perdido la cuenta de cuántas veces me he sentido sola, incluso estando rodeada de gente: en medio de una habitación, en la vía de una gran ciudad, en el transporte público... en cualquier espacio lleno de personas. A pesar de la muchedumbre, me sentía perdida, divagando en mis pensamientos, como si la gente no fuera suficiente para callar el ruido de mi mente.

No entiendo nada, solo quiero subir al Cajas y dejarme llevar. Quiero explorar toda la zona del Machángara, sentarme junto al río, mirar el cielo y el paso de las nubes.

Me siento extraña, porque cuando tenía siete años, al estar en la cima de esa montaña, nunca me sentí así. ¿Será que a los 21, con tanto por cumplir, olvidé cómo simplemente vivir?

En medio de la crisis, apareció Cutín, una rana brillante que me mostró el valor de la resistencia. Su rojo encendido estremeció mi ser y, con su suave croar, recuperé la admiración por aquel paisaje que solía inspirar mis sueños.

Cutín me enseñó un nuevo camino. Sus ancas marcaron un sendero genuino que me enseñó que, aunque todo parezca perdido, el mundo siempre guarda algo diferente. Mi vida, a comparación de la suya, no está en peligro.

Y así, con Cutín a mi lado, nunca volví a sentirme abandonada. Porque, a veces, solo hace falta una pequeña rana roja para recordarnos que aún hay tiempo. Solo hay que explorar y cuidar de este hermoso entorno natural y, lo más importante, de uno mismo.

Voces de la pampa

Jonnathan Guartán

[Pedagogía de Ciencias Experimentales, Matemáticas y Física]

La tierra de un pueblo, en manos de pocos,
remotos recuerdos de una vida que pasó,
apenas vislumbran los cantos que te marcan.

Fluvial viento viaja desde las pampas,
llevando consigo la voz de unos pocos
que unen fuerzas para la emancipación.

¡Quedarse sumiso ante la agonía es permitir la muerte!

(...)

Empuña tu conocimiento,
prepara tu visión.
Hay que devolverle el color a tierra
que oprimida pierde fuerza;
no abandones, hermano, a tu nación.

Volver a la esencia

Ema Berlín

[Comunicación]

En lo más alto del Parque Nacional El Cajas, donde las nubes se abrazan con los pajonales y el silencio canta entre lagunas, vivía una rana muy especial: Cutín. Su piel brillaba con un rojo intenso, como el corazón de la Tierra. No era una rana común: era la guardiana del agua, la voz ancestral de Chanlud.

Aunque pocos la habían visto, todos los seres del páramo sabían de ella. Su croar resonaba en los sueños de quienes escuchaban con el alma, y se decía que, si alguna vez el mundo se olvidaba de sí mismo, Cutín saltaría hasta el último rincón del corazón humano para recordarle lo esencial.

Un día, el cielo se tornó más gris de lo normal, y el viento trajo consigo un susurro de angustia. Las máquinas del mundo moderno se acercaban, queriendo excavar, desviar y romper. Los lagos temblaban, las aves apagaban su canto. La vida sentía miedo.

Cutín subió a la cima de una roca que miraba al sol poniente.
Sabía que el tiempo era ahora.

Decidió emprender un viaje: no hacia otro lugar, sino hacia el interior de los humanos. Sabía que ahí, escondida bajo capas de olvido y ruido, vivía una memoria sagrada: el amor por la vida.

Y así, bajo la luna, entonó su canto. Un canto que no era oído con los oídos. En medio del viento, sus palabras se hicieron verso:

En cada gota vibra el canto
de un mundo que aún recuerda,
que la vida no es de bancos
ni de cifras, ni de guerras.
Es la rana en su reflejo,
es la nube en su paseo,
es el niño que en silencio
sabe más que lo que veo.

Si olvidas lo que eres,
regresa al agua clara,
porque allí vive la esencia
que tu alma tanto ama.
No busques más afuera,
lo sagrado está contigo.
Escucha a Cutín en tu pecho:
“El mundo bello es tu abrigo”.

Al amanecer, los habitantes de Cuenca despertaron con una sensación extraña, como si algo hubiera cambiado sin que pudieran explicarlo. Algunas personas dejaron de usar plástico,

otras decidieron caminar al trabajo. Muchos fueron al Cajas sin cámaras, solo con una conciencia renovada, despierta.

Cada persona que se cruza con Cutín y se atreve a mirarlo experimenta lo mismo: una conmoción profunda, una certeza luminosa que no tiene explicación. Como si Cutín susurrara a cada alma: “El agua también tiene corazón. Y tú eres parte de él”.

Ese susurro se convirtió en una promesa: cuidar la tierra, honrar la vida, y recordar que la salud, el agua y la esperanza no vienen de afuera, sino de adentro. Son soberanías que nacen cuando despertamos a lo que realmente somos.

Desde entonces, Cutín habita en los suspiros del viento, en el murmullo del agua y en cada decisión que nace del amor. Se ha transformado en un símbolo de vida, de la UCuenca, de memoria viva y de despertar consciente.

Ya no es solo una rana: es el espíritu del páramo que nos recuerda quiénes somos y lo que vinimos a cuidar.

El reino silente

Stalin T. Velásquez (texto e imagen)
[Arquitectura]

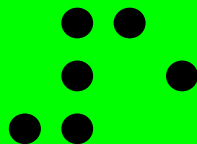
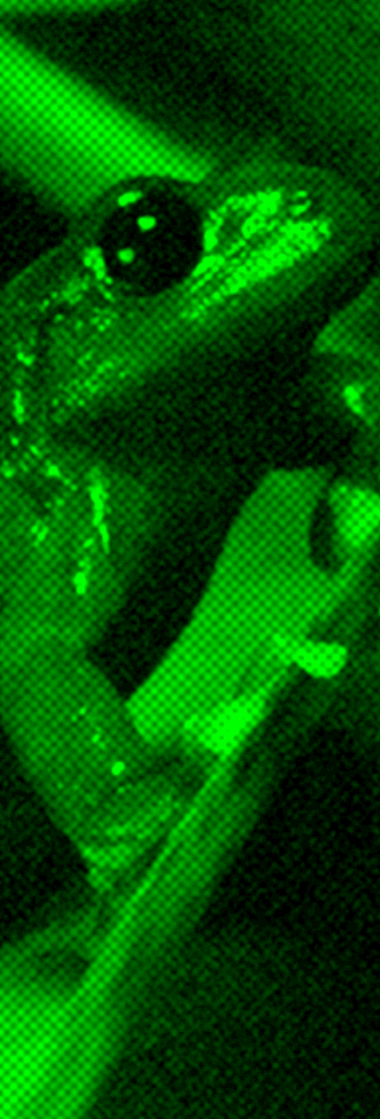
En un futuro lejano, cuando la presencia humana ha dejado de marcar el ritmo del mundo, el Cajas vuelve a ser un templo natural sagrado. La atmósfera, suavemente iluminada por una luz solar tenue y espectral, revela un universo paralelo, donde la vida se ha replegado a lo esencial. Entre nieblas etéreas y una paleta de tonos apagados, resurge la reina madre: la Naturaleza.

En este nuevo orden, solo una especie ha permanecido: la rana Cutín, símbolo de resistencia y equilibrio. En la escena, Cutín se muestra contemplativo, rodeado por hojas filigranas que lo protegen como un manto vegetal. Mira hacia la lejanía, hacia un sol difuso que no quema, sino que guía. La lluvia cae en hilos delgados, lavando las memorias de un tiempo donde todo fue exceso.

Este escenario no es distópico ni utópico, sino un renacer desde la simbiosis. El mundo ha sanado, y el pequeño Cutín, otrora insignificante para el ojo humano, ahora guarda los secretos del

bosque, los humedales, el equilibrio perdido. Su croar es un eco de esperanza en un planeta restaurado. En este nuevo reino, la Naturaleza no es solo entorno: es soberana, maestra y hogar, y Cutín, su guardián eterno.





Pristimantis
_ERYTHROS



- 114** Mapas hechos de esporas **Kevin Steven Pesántez Márquez**
[Género y Desarrollo]
- 118** Los nuevos habitantes **Juan José Andrade**
[Derecho]
- 122** Ecos de sangre **Vicente Sarmiento Delgado**
[Medicina Veterinaria]

Mapas hechos de esporas

Kevin Steven Pesántez Márquez
[Género y Desarrollo]

Cuando los ríos dejaron de
fluir, los bosques dejaron de respirar, y los animales
callaron.

Dentro de las ruinas de cemento
muerto, surgió Cutín
esperanza del mundo distópico,
con mensajes e historias de la antigua
Tierra, donde la vida prosperaba,
la lluvia era agua,
el viento movía el pasto, y respirar no
dolía.

(...)

Cutín encontró un grupo:
seres hongo, cansados,
que dejaron de cantar,
porque ya no recordaban su hogar.
Criaturas del agua que lloraban sal,
soñaban con lagunas perdidas.

Cutín crea mapas hechos de
esporas, y guarda canciones que
solo entienden los que han bebido
lluvia verdadera.

Al tocar a Cutín,
sueñas memorias del mundo
antiguo: el hongo recuerda tener
raíces
la criatura del agua repite
los cantos de sus
abuelas.

Un río que ya no existe
vuelve a correr dentro del
pecho de quien escucha.

Un roce basta
para que en el silencio
broten palabras
con sabor a tierra viva.

(...)

Los humanos
que aún quedan
dejan de hablar.

Solo escuchan
como el viento en
calma empieza a decir
cosas.

(...)

Algo brota
no fue un milagro, ni un trueno,
sino un susurro entre raíces viejas:
un brote, un canto, una comunidad
que decide quedarse
y cuidar lo que queda.

Recordar juntos lo que fue,
inventar lo que podría ser.

Cuando florece un poco,
nadie aplaude.
Solo hay silencio,
el que se hace
cuando algo sagrado vuelve.

(...)

Los nuevos habitantes

Juan José Andrade

[Derecho]

Las flores de los parques se marchitaron, y el cielo, completamente gris, parecía haber olvidado su azul. La tierra suspiraba alivio, mientras el rocío se derramaba con paciencia sobre las rocas. Así, el mundo de los humanos había llegado a su fin.

Los edificios caían, golpeados por montículos de polvo ceniciento que se levantaban desde las aceras desgastadas. Las casas viejas, con su madera podrida y memorias quebradas, se desmoronaban al compás pausado del canto de los grillos.

Y, sin embargo, entre los escombros del olvido, la vida florecía con paciencia. Las plantas renacían por doquier, el musgo trepaba con ternura los techos, y los muros parecían cubiertos de un verde aterciopelado que abrazaba las cicatrices de la ciudad.

La soledad era inmensa, pero no melancólica. Porque la naturaleza emergía, emancipada y rebelde, devolviendo al mundo su pulso olvidado, su esencia intacta.

—¿A dónde se fueron? —preguntan dos perritos, moviendo la cola.

Nadie sabe. Solo queda la certeza de que se respira libertad, eucalipto y aire puro. Ya no hay reglamentos, descontrol, ni caos. Las estrellas, por fin, han recuperado el cielo, y la oscuridad de la noche se siente como una penumbra acogedora.

Otra vez, las luciérnagas bailan sin miedo, libres de miradas y persecuciones. Vuelan con la alegría de lo intacto, como si nunca hubiesen volado antes, como si por primera vez aprendieran a ser ellas mismas.

Las carreteras, antiguas venas de concreto, ahora dan a luz a miles de arbustos tiernos. Las avecitas recolectan hileras de hojas, formando poco a poco sus nuevos hogares sobre los edificios.

¡Todo es tan distinto!

Tan natural.

Tan propio...

¿Y el agua?

Ah, sí... me había olvidado. Pasea felizmente por las calles, por la arena y los abismos; canta su murmullo al rozar las rocas rígidas de un pasado efímero. Las presas hidroeléctricas han caído; ya no limitarán su fluir, ya no controlarán el ritmo de su caudal. El agua es diáfana, la esencia misma de esta nueva realidad. Juega sin restricciones, como una mariposa recién salida del capullo, recorre montañas, llanuras y valles, invitando a todo ser viviente a unirse a su eterno fluir.

—Espera... ¿Qué es eso? ¿Lo ves?

Millones de ranas emergen repentinamente entre los árboles, las calles, las habitaciones, las ventanas, las cúpulas, los restaurantes. Una mancha rojiza cubre el paisaje. Saltan al compás de la lluvia, sobre el frío cemento, explorando este mundo que recién despierta.

Los perros se acercan, las huelen, las lamen, ladran con desesperación:

—¡Aquí están! ¡Aquí están los humanos! —anuncia uno, y repite otro.

Los canes, guardianes fieles de la memoria, reconocen el olor de las personas. Están algo diferentes, un tanto más rojos y pegajosos. Pero algo permanece intacto: la esencia, la lealtad que trasciende. No importa cuánto hayan cambiado; en sus ojos siguen siendo ellos, y se alegran de encontrarlos.

Sin rumbo, los humanos se acercan al agua, como si el universo los llamara desde el abismo, como si los charcos devolvieran recuerdos dormidos. Uno a uno, se deslizan hacia los riachuelos. Se dejan caer, se hunden dulcemente y nadan sin miedo, fluyen con la corriente y disfrutan del caudal.

Aquellos humanos renacieron libres, renacieron en cutines. Su metamorfosis no solo les entregó un nuevo cuerpo: les abrió los ojos. Por primera vez, fueron plenamente conscientes de la perfección.

Y entonces, comprendieron su propósito. Todo debía permanecer tal como era. El mundo tenía que seguir su propio ritmo, crecer con su compás, fluir como un río sin fin. Su misión siempre fue esa: proteger lo sagrado, custodiar el equilibrio, permitir que la vida siga siendo vida.

Ahora, esos corazones rojos y saltarines laten al unísono con la tierra, con el agua, con el viento. Son el nuevo pulso de la naturaleza.

Ecos de sangre

Vicente Sarmiento Delgado
[Medicina Veterinaria]

Cada noche, después del trabajo en las granjas de grillos, antes de entregarme al sueño, me deleito tomando mis lentes *neurosinápticos*. Su función para visualizar pensamientos resulta extraña para muchos; las imágenes suelen ser demasiado oníricas, pero a mí me parecen el remedio perfecto para dormir tranquilo.

Últimamente, mi mente regresa siempre a una historia particular que narraba mi abuela. Recuerdo cómo describía una mancha que se alzaba en el amanecer de los Andes: una explosión multicolor que rompía la quietud solemne del páramo. Era un campamento rebotante de entusiastas que buscaban rastros de fauna L.M.H. (Libre de Manos Humanas), seres cuya creación no se había fraguado en tubos de ensayo.

Yo nunca he contemplado estos especímenes. Aquella banda humana se había situado como una frontera viva, una línea

divisoria entre la huella del hombre y la inalterabilidad sagrada de la montaña. Sin embargo, esta pequeña incursión de no más de 33 almas estaba inevitablemente envuelta en las invisibles redes del progreso.

Recuerdo que, al llegar a este punto, mi abuela se encendía de indignación y sentenciaba que, no importaba en qué rincón del universo estuviéramos, siempre el hombre, con sus reglas, llegaba a importunar. Ocurría que, mediante esta incursión, se estaba obstaculizando la extracción de las reservas más preciadas de agua en la Tierra: elemento clave para continuar con la exploración espacial.

Por esta intromisión, fuerzas poderosas habían sido convocadas. Cerca de la mancha multicolor acechaban androides militares: entidades sin rostro, de cuerpos blancos mate, empuñando armas con manos que desconocían el cansancio y portando las herramientas necesarias para el ejercicio implacable de la violencia. Esta escena —tan peculiar como inquietante— reflejaba un dilema que atravesaba la médula de la humanidad.

Algunos lanzaban insultos hacia la mancha. Eran las voces de quienes abrazaban la idea de que el planeta había quedado pequeño para la especie humana, infértil, obsoleto. Para ellos, la trascendencia esperaba mucho más allá, y el progreso garantizaría que los dignos serían llevados hacia aquellos horizontes prometidos. Pero existía otro grupo que albergaba temores, que sospechaba que tales promesas eran solo eso: incertidumbres. Nada estaba probado, el viaje espacial permanecía aún inmaduro, y abogaban por estirar la vida útil del planeta un poco más.

Así se presentaba el conflicto. Esa mancha no podía ser fulminada con la contundencia de las armas; el mundo continuaba polarizado y se temía el juicio popular. Pero aquella agua resultaba imprescindible para impulsar la conquista celeste. Así comenzó, paulatinamente, la presión. A través de los laberintos burocráticos de contratos de servicios, empezaron a cortar conexiones para forzar el abandono, para apropiarse del agua y transmitir un mensaje claro a la humanidad: este mundo está condenado, y solo a través del progreso la especie sobrevivirá.

Fue gradual. Primero atacaron el entretenimiento: el bloqueo satelital de las televisiones de retina, el servicio de música intra-témporo-auricular. Cuando esto no bastó, avanzaron hacia lo operativo: los chips de pensamiento rápido intra-encefálicos fueron inhabilitados, clausurando el acceso a las inteligencias artificiales de consulta. Aun así, la mancha persistía, obstinada.

La desesperación y el hambre voraz del progreso presionaron más. Decidieron entonces amputar lo vital: cortaron los suministros de *K-beta-nike*, elemento fundamental para el funcionamiento de las impresoras de comida. También suprimieron el flujo de *nanobots* intradérmicos de melanina, lo que, en términos prácticos, significaba una ejecución lenta y dolorosa por quemaduras de rayos ultravioleta. Esta acción parecía condenar definitivamente a la mancha.

Sin embargo, el destino les había preparado una última resurrección. En la segunda noche, después del corte de lo vital, unos cuantos que gestionaban clandestinamente el ingreso de suministros en la oscuridad fueron descubiertos por una patrulla de quince hombres escoltados por cinco máquinas. El encuentro fue súbito, y rápidamente el odio nacido de la incomprensión

mutua los colocó al borde del enfrentamiento. Pero entonces, algo transformó la escena: el canto cristalino de una rana rasgó el silencio.

La confrontación se congeló. Todos cayeron de rodillas; muchos elevaron plegarias a sus respectivos dioses. Aquel canto era una señal inequívoca: las ranas, indicadores biológicos por excelencia, anunciaban que aún latía vida auténtica en esa tierra. Era la prueba tangible de que quedaba algo por lo que valía la pena luchar.

Los anfibios con compilación genética para su replicación eran escasos, por lo que lo más probable era que aquella criatura fuera autóctona, nacida de las entrañas mismas de los páramos ancestrales. La patrulla, conmovida por el hallazgo, decidió silenciosamente olvidar el encuentro.

Los campistas regresaron con las buenas nuevas. Debían encontrar pruebas fehacientes. Durante los días siguientes, se aferraron a esa esperanza como a un avemaría en medio de la tormenta. Las condiciones eran extremadamente adversas, pero perseveraron. Y finalmente, en la tercera madrugada, encontraron una rana roja, minúscula, de apenas tres centímetros, una delicadeza viviente que estremecía el corazón con su sola presencia.

El encuentro fue captado por una cámara oculocerebral hackeada de uno de los campistas. La transmisión no duró más de cinco segundos antes de ser truncada, pero fue suficiente. Era una imagen que se comprobaba auténtica desde sus entrañas binarias, sin alteración posible. La transmisión evidenciaba un

viaje directo desde la retina hasta el encéfalo de aquel campista, proyectándose después hacia el mar infinito de la red global.

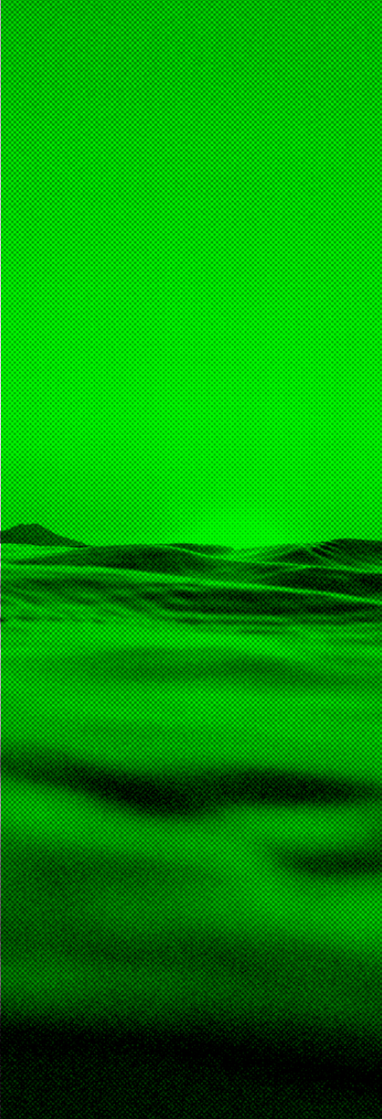
Esos breves segundos de imagen —donde una mano lastimada, ulcerada, sangrante y quemada por los implacables rayos ultravioleta se acercaba al pequeño milagro escarlata— bastaron para que el mundo entero se conmoviera. Era un ser que no había sido moldeado por la biología molecular humana; su origen radicaba en el vientre mismo de la naturaleza. El sentido de pertenencia entre ambas manchas rojas —la mano herida y la diminuta rana— realzó ese sentimiento de conexión con lo primigenio. Se había consolidado un símbolo.

En este punto de la narración de mi abuela siempre me detengo. Cada vez que me describía esta escena, algo en ella se transformaba, se purificaba junto a sus ojos vidriosos de emoción. Cuando era joven, no comprendía la profundidad de su sentir, pero ahora, mientras envejezco, comienzo a entenderlo.

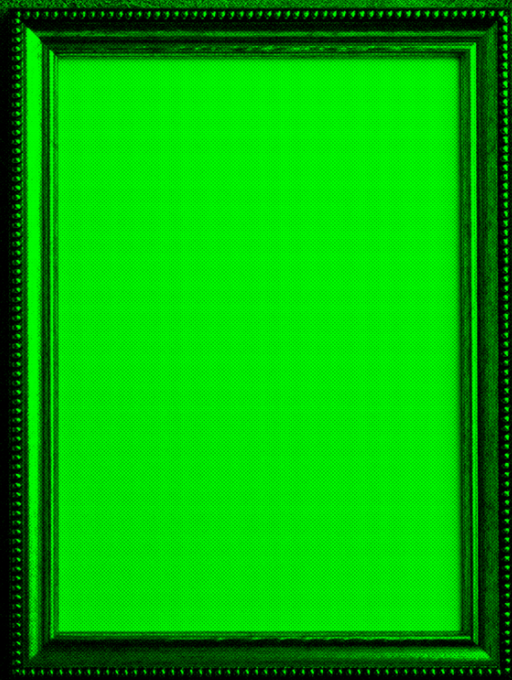
El epílogo de este cuento sugiere que aquella minúscula rana consiguió que todo avanzara lentamente. Es fascinante pensar que ese efímero instante de esperanza otorgó a la humanidad cientos de años adicionales, algo impensable en aquel momento crítico. Esto permitió que la colonización de otros planetas fuera menos salvaje. La pequeña gota roja, encarnada en aquella rana, evitó, quizás, el derramamiento de sangre de cientos de millones.

Esta historia siempre me conmueve hasta la médula cuando concluye. Me renueva espiritualmente, tal vez porque me reconecta con la memoria de mi abuela. Generalmente, mi jornada comienza cuando el sol se oculta en el horizonte rojizo. Cada noche observo, desde mi cápsula, cómo el rojo intenso del

sustrato de Marte va atenuándose gradualmente hasta quedar reducido a un pequeño espacio iluminado en la lejanía. Me hace reflexionar que puedo contemplar toda esta inmensidad carmesí y su lenta metamorfosis gracias a aquella diminuta mancha roja que se descubrió hace ochocientos años, en un planeta situado a doscientos veinticinco millones de kilómetros de donde ahora me encuentro. Esto me hace sentir profundamente conectado con lo que representa la vida en el vasto universo.



Galería





Reforesta

Eddy Santiago Calle Linares
[Telecomunicaciones]



El Cajas destruido
Eddy Santiago Calle Linares
[Telecomunicaciones]



La ciudad del progreso
Diana Alvarado Ortega
[Artes Musicales]



Wasi Kawsay
Joshua David Cabrera Sarmiento
[Derecho]

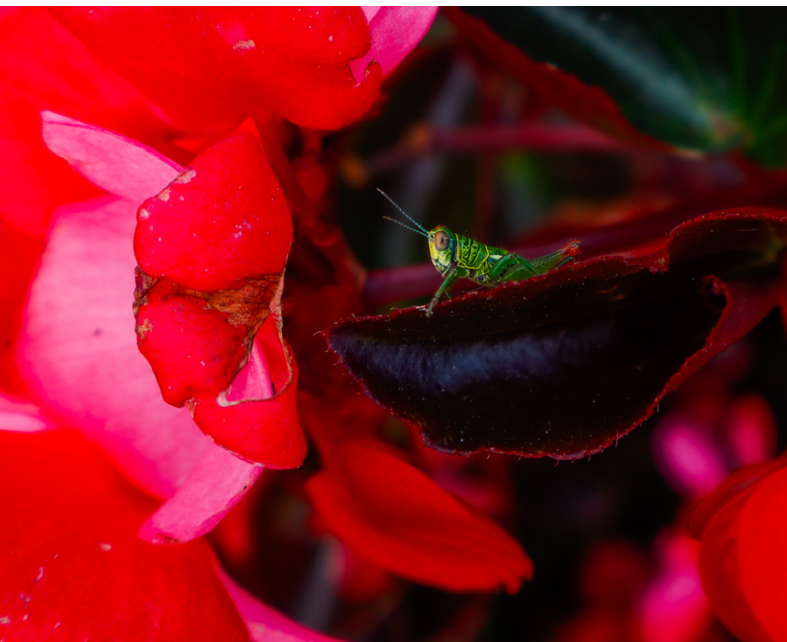


Sumaq Mama
Joshua David Cabrera Sarmiento
[Derecho]



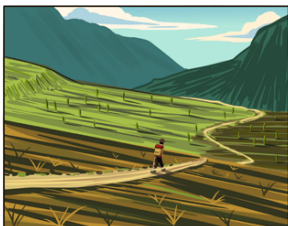
Grillo marrón

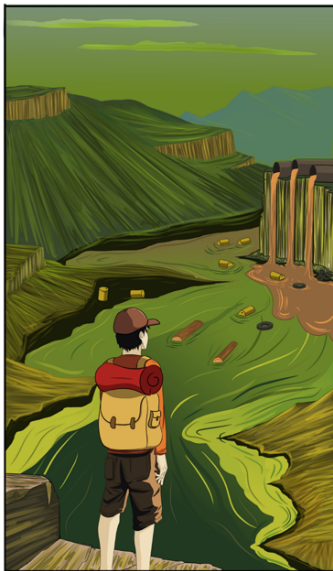
Mónica Janneth Ortega Ortega
[Diseño Gráfico]



Grillo marrón

Mónica Janneth Ortega Ortega
[Diseño Gráfico]









7 DIAS DESPUÉS



Siempre has estado en el paraíso, pero para poder verlo tenías que esforzarte.





El paraíso que nació del esfuerzo

Edison Humberto Acosta Osorio

[Artes Visuales]



Susurros del color
Paúl Alejandro Cabrera Calle
[Pedagogía de la Actividad Física]





Entre sombras y cuerpos, el vacío resiste
Johanna Elizabeth Villavicencio Ordóñez
[Doctorado en Sostenibilidad Territorial]



María José Vázquez Prado
[Enfermería]



Este libro, que es una ventana a lo que podría ser,
un reflejo de nuestras inquietudes y un llamado a la acción,
se terminó de imprimir en octubre de 2025 bajo el sello
editorial UCuenca Press.

CUENCA-ECUADOR

En las páginas de ***Summervible III*** lo imaginable y lo real se entrelazan. Aquí, las voces jóvenes nos conducen a un paisaje donde la naturaleza, frágil y resiliente, nos habla a través de la mirada de Cutín, la pequeña rana del Cajas. Sus relatos, sus poemas, sus imágenes se convierten en un puente entre el presente que habitamos y el futuro que aún está en construcción.

Este libro no ofrece certezas: plantea preguntas. Nos invita a pensar en el agua, en la biodiversidad, en el clima, y en el papel que tenemos como guardianes de lo que nos rodea. Pero también celebra la capacidad humana de imaginar, de crear mundos posibles y de soñar soluciones, recordándonos que la acción comienza en el presente.

Summervible III es una exploración de lo que podría ser, un llamado a mirar con atención lo que a veces damos por sentado, y una oportunidad para escuchar la voz de quienes, con palabras e imágenes, nos instan a proteger lo que aún puede salvarse. Cada página es un recordatorio de que el mañana depende de nuestra decisión de actuar hoy.